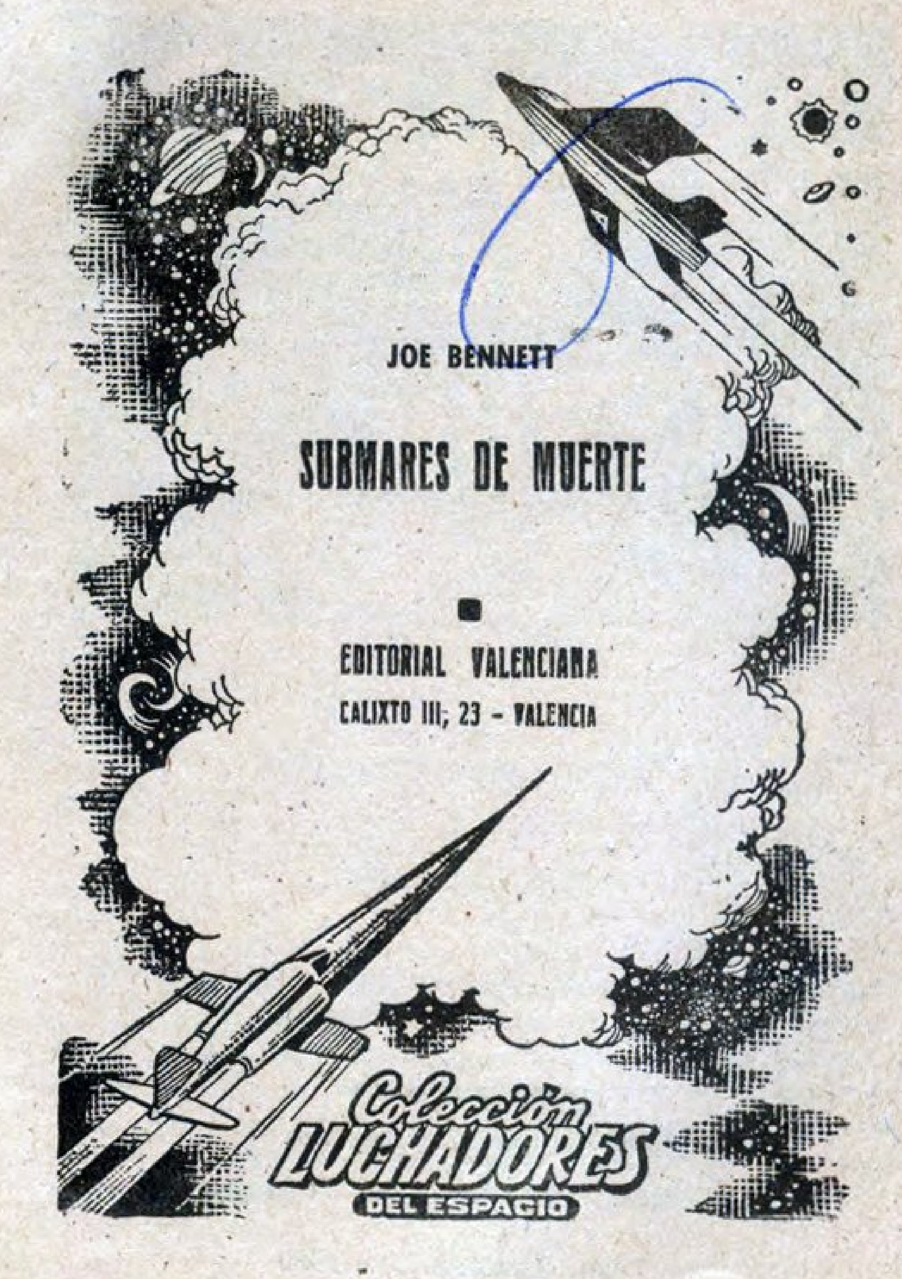

SUBMARES DE MUERTE
JOE BENNETT
Ibañez
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



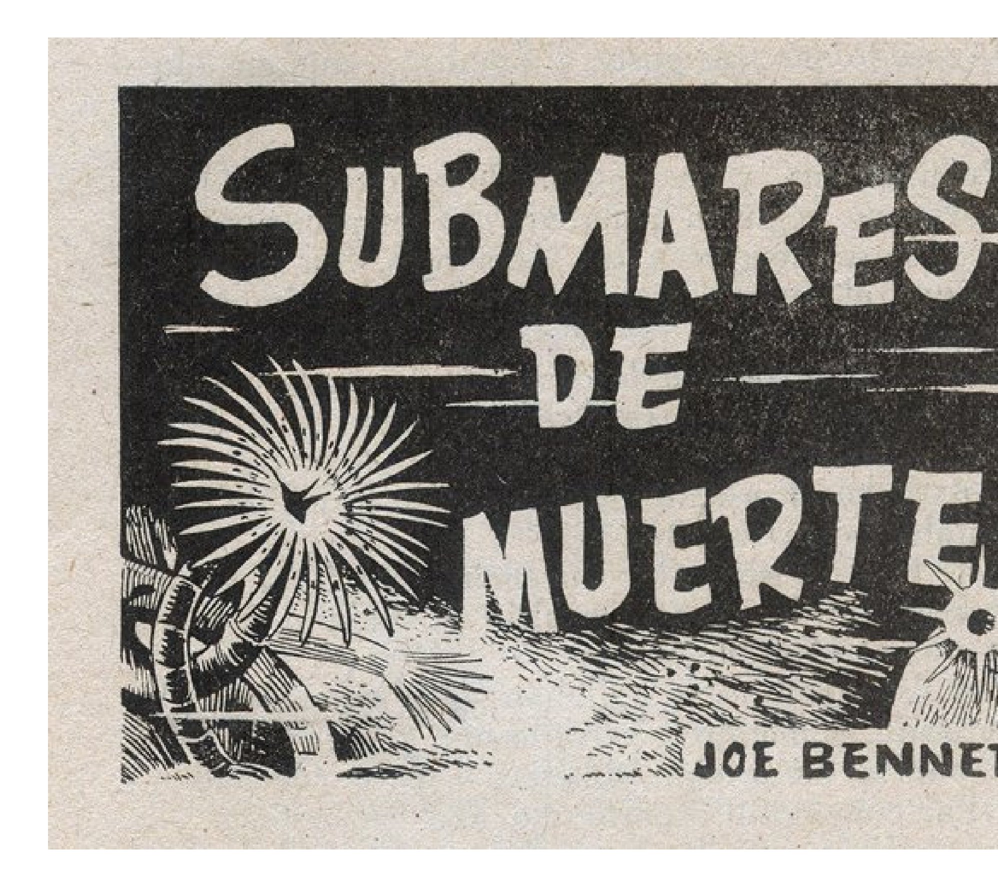
JOE BENNETT

SUBMARES DE MUERTE

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V. 1.783 — 1960
EDITORIAL VALENCIANA — VALENCIA
Núm. Rgstro. 3.751 — 1960



CAPÍTULO I
Orden de partida

Ha llegado a resultar axiomático el hecho de que hasta los secretos mejor guardados se descubren tarde o temprano. La nequicia en el ser humano recorre toda la babilónica escala de clasificaciones y, de fijo, no deja parangón posible para equipararla con la tan cacareada maldad de las criaturas de otros mundos habitados.

Dígase lo que más guste, el hombre -aunque adornado con indiscutibles virtudes- es el más perverso de los seres.

Precisamente, y en materia de secretos, debía implantarse un régimen punitivo que escarmentase de una vez para siempre a los violadores. Sin embargo, desde que el mundo es mundo -y en él impera el despreciable dinero- no existen prácticamente secretos que puedan tildarse de desconocidos para esa prolífera legión de indeseables que se dedican a descubrirlos, utilizando los resortes de mil maneras innobles, para hacer uso de ellos, no sólo indebido, sino lamentablemente nefasto.

Éste fue, en suma, el convencimiento final al que llegó Syd Powder tras el prolijo preámbulo desarrollado por el profesor Savery.

Los dos hombres se hallaban solos en el despacho climatizado, sometido a extrapresión regulada y saturado por la emanación sintética -pero adecuada- del vital compuesto atmosférico, rico en oxígeno, tan imprescindible para los terrícolas.

Muchas veces habíase detenido a pensar Syd Powder en la gran incongruencia del poderío e ilimitado expansionismo sideral logrado por la raza catalogada como la más débil del Cosmos. Ellos -los terrestres- sólo podían pervivir rodeados de la gama delicada de mil cuidados, en condiciones típicas de invernadero y superprotegidos orgánicamente.

Cierto. Unos endebles organismos para quienes les estaba reservada la muerte apenas alejarse de la capa gaseosa que envolvía su mundo.

Sin embargo, -merced al don inigualable de su inteligencia- las adversidades, los inconvenientes y la barrera integrada por innúmeros obstáculos, terminaron por quedar reducidos a simples factores de ordenación acomodaticia y solución ingeniofisiconiátemática. Una extraña palabra; aunque adecuadísima. Ingeniería, física y cálculo. He aquí, al combinar los elementos, la consecución del triunfo. Y la Raza Humana, extendiéndose por el conglomerado vastísimo del Sistema Solar, acabó por domeñar escollos de toda índole, asentando sus reales -y hundiendo poderosas raíces- en la pléyade de cuerpos astrales gravitantes en el Cosmos donde existían posibilidades de vida en sus formas más ínfimas.

Ahora, por ejemplo, Syd Powder contemplaba distraídamente la zona del Sistema Saturnal que dejaban entrever los ventanales de vitroselenio imperforable.

Contra aquellas enormes luceras habíanse estrellado lluvias de micrometeoritos sin dejar la menor huella. Podía distinguir, en el cielo negrísimo y casi siniestro, a Titán, la soberbia luna de Saturno. También veía a Rhea y a Dione. Ello, sin contar el espectáculo maravilloso y casi increíble de sus «anillos» de apariencia sólida.

No lo eran, claro. De hecho, la enorme franja que en perspectiva telescópica aseméjase a un cinturón perfectamente compacto, se halla constituida por un «campo» de casi 300.000 kilómetros de diámetro; pero, en su mayor parte, no pasa de ser tenue polvillo estelar.

Los terrícolas, desde la infancia, siéntense irresistiblemente atraídos por los famosísimos «anillos» de Saturno. Lo que antaño -siglos atrás-- fueran quimeras, es hoy realidad palpable; y cualquier terrestre, incluso niño, puede viajar por el espacio más allá de los límites que marcaron primitivamente Marte y Júpiter.

Todo ello venía a favorecer la teoría de Syd en el sentido de que, pese a la endeblez de la Raza Humana, ninguna ha llegado tan lejos en sus conquistas y logros científicos.

Pero estaba pensando en la maldad humana como consecuencia del

preámbulo del profesor Savery. Miró a su interlocutor, asintiendo con la cabeza, y dijo:

-De acuerdo con usted, profesor. A los malhechores que se afanan en desvelar secretos debían aplicarles un tipo de pena capaz de espeluznar al resto. Supongo que ello viene a cuento con lo del crimen, ¿verdad?

-¿Crimen? -gruñó el canijo Savery-. ¡Asesinato infame! La más ruin bellaquería a que es dable recurrir para quitar la vida a un semejante. ¡Pobre Denon!... Le hicieron creer que su esposa estaba en trance agónico como consecuencia de un accidente, para atraerlo a la encerrona que le sería fatal. ¡Y le torturaron hasta la muerte!

-Conozco los detalles -obvió Syd-. Escalofriante, sí.

-La crueldad de sus asesinos no puede describirse con palabras. Y en realidad... ¿para qué? ¡Juraría que a Denon no le arrancaron cuatro frases coherentes! ¡Respondo de la fidelidad de mis hombres!

-Lo segundo, lo admito, profesor. Pero lo primero... me parece una afirmación un poco temeraria -replicó Syd, cuya serenidad de ánimo lo parecía aún más en contraste con la exaltación del viejo-. De su silencio no podemos estar seguros... por ahora.

-Conocía muy bien a Denon.

-No lo dudo. Pero usted convendrá en que la resistencia física tiene un límite. Y convendrá, también, que esa «flor de la vida» va a ser la causante, por paradoja, de incontables muertes.

-Les ciega la ambición, Powder. ¡No comprenden que con esas semillas es ilícito cualquier negocio lucrativo! ¿Por qué nos envió a Saturno el gobierno terrícola? Precisamente, para controlar la obtención del fruto y evitar, con el abuso, que se extinguiera la especie.

A un loco no se le puede ir con razonamientos.

-¡Los locos son ángeles comparados con esos tipos! La «flor de la vida» representa una necesidad de tipo biológico para ciertas personas. La genética maravillosa y «natural». Un sabio, un doctor eminente, una notabilidad en cualquier nivel técnico... no debería morir nunca. ¡Cuántos descubrimientos se han truncado por la ancianidad de los científicos o, como término prosaico, por su fallecimiento! A esos hombres, precisamente, les está concedido el empleo racional de la «flor». Gracias a ellas, a sus semillas increíbles, pueden alargar el límite normal de la vida y perseverar en su heroica dedicación a los trabajos de laboratorio. Sé muy bien que cualquier mortal créese con derecho a disfrutar de la longevidad indefinida. Usted, yo... ¡millones y millones! Pero eso no es posible. ¡Agotarían las plantas del «valle» en pocos años! Sin duda, éste fue el motivo por el cual nuestro Gobierno envió al sector de Saturno la Comisión Rectora de la que somos miembros. Guardamos en completo secreto la existencia de las semillas y sus efectos sobre la vida humana. Nos hemos

juramentado los pocos que conocemos la verdad en guardar siempre un mutismo hermético. Pero, hete aquí, que Denon ha sido torturado hasta morir. Ello patentiza que hay alguien más interesado en el asunto, que sus miras no tienen nada de nobilísimas... ¡puesto que demuestra no detenerse ante nada! ¿Sigue usted mis razonamientos, Powder?

-No sólo los oigo, profesor; sino que concuerdan por entero con mis propias ideas. Sobre la realidad de que alguien ha averiguado parte del secreto y nos ha espiado hasta el mismo corazón de Saturno, no me cabe ninguna duda. Es más; creo que sólo hemos comenzando con los contratiempos.

-Explíquese, por favor.

-El asesinato de Denon arroja luz sobre los incidentes misteriosos de las últimas semanas. ¡Fueron provocados! Y ahora, a punto de partir la siguiente expedición hacia el «valle», me envuelve la incertidumbre. ¿De veras considera usted imprescindible nuestra salida? Si hay ojos al acecho ocultos en la sombra, no nos perderán de vista, profesor. Controlando nuestros movimientos, darán con la pista exacta que necesitan. Entonces, sin paliativos, el secreto habrá dejado de serlo para siempre. No me atrevo a imaginar lo que sucedería si la «flor de la vida» cayese en manos de gentes sin escrúpulos. En un espacio relativamente corto de tiempo, amasarían una fortuna tan ingente que les sería fácil controlar a los mundos y mundillos del Universo para hacerlos bailar a su antojo. ¡La catástrofe! Una guerra cósmica daría comienzo por la posesión de la vida eternal, y el fin de ella, si es que llegaba algún día, coincidiría con el exterminio de todas las criaturas galácticas y planetales.

-Lo sé, Powder. Mas hay que correr el riesgo. No nos dejan opción. En la Tierra exigen un inmediato y nuevo envío. ¡Necesitan semillas para sus prohombres varias veces centenarios! De no someterlos cuanto antes a un tratamiento rejuvenecedor, morirán. ¿Comprende esto, Powder? Medio millón de sabios... ¡repentinamente fallecidos!

-Lo comprendo. Y me aterra.

-Hay muchos proyectos en suspenso y planes por realizar. El mundo confía en ese equipo de superdotados cerebralmente, cuya sabiduría atesora conocimientos inabarcables antaño por cien generaciones. ¡Ni todas juntas lo lograrían! El doctor Hidalgo, por ejemplo, sabe tanto de ciencias cosmológicas después de sus cuatrocientos años largos de vida, que nadie en el espacio podría igualarle. Es un cómputo vivo de todas y cada una de las ramas astrofísicas y químico-sidéricas. Ha existido y laborado, sin interrupción, como media docena de hombres a un promedio de setenta años fecundos. Más aún; porque cualquier recién nacido viene a la vida sin conocimientos, y hay que empezar a inculcárselos desde la infancia. Pero Hidalgo, no. Su eterna madurez le ha permitido seguir penetrando en

estudios superiores y en experimentos nunca alcanzados. Si él muere, acaba igualmente toda una era del saber cosmológico. Y como Hidalgo, contamos con un número abrumador en las mismas condiciones. Lamento que, al fin, alguien haya sospechado que la «flor de la vida» tiene su origen en Saturno. Creo que Denon no habrá revelado la existencia del «valle», porque si así fuere íbamos a enzarzarnos en aprietos insuperables. Sea quien sea su asesino, no vacilará. Por ello hay que ganarle la delantera. ¡Lástima que nos esté prohibido solicitar ayuda y protección del ejército sideral! Tendremos que continuar solos, Powder. El secreto no puede salir, salvo orden superior del Gobierno terrícola, del estrecho círculo de personas que ahora lo conocen.

-Muy bien, profesor. Usted sabe lo que nos conviene. Espero las órdenes.

-¡Ojalá supiese lo que es conveniente o perjudicial! Me limito a seguir los dictados del Alto Comité.

-Bien. Sigámoslos, pues.

-En realidad, cuando le mandé llamar para entrevistarnos lo hice con el exclusivo fin de organizar la partida. Nos pusimos a hablar de Denon y... y la digresión nos ha desviado del nervio de la cuestión -Savery se pellizcó una mejilla, pensativo-. Partiremos mañana. Dejo el asunto en sus manos.

-¿Mañana?

-Eso dije.

-Creo que no habrá tiempo suficiente para ultimar detalles, profesor.

-Es usted activo... y experto en la tarea. Aplíquese a ella sin dilación. Dispone de toda la noche y el día de mañana.

-Es poco.

-¿Poco casi dos días?

-Recuerde, profesor -sonrió Syd- que hablamos de días «de Saturno». No estamos en la Tierra.

-Por desgracia.

-Lo importante es advertir que nos hallamos lejos de nuestro Mundo. Con unas diez horas de la duración terrestre, bien poco podré realizar[1].

-Bueno, Powder. Ya sé por donde va. Elija personal diestro de la base espacial para que le ayuden en el cometido. Mañana hay que emprender el viaje antes de que anochezca. Otras veces hemos batido nuestros propios «récords»; nuestro caso actual es delicadísimo, no se lo oculto. Por ello hay que pedir a todo ser máximo esfuerzo. Pienso dar un largo rodeo para despistar a los posibles seguidores. Cuanto antes abandonemos Saturno, más sorprendente resultará el viaje... y tanto más difícil también será de emular.

-Lo intentaré... pero no prometo nada.

-Su mejor promesa está en el intento, amigo Powder.

-Compréndame, profesor. Con dos días terrestres, le aseguraría de antemano la salida. Pero en Saturno...

-Conforme -el viejo le puso una mano sobre el hombro, afectuoso-. No tiene que darme explicaciones. Haga cuanto pueda... y me basta. Ya sabe que confío en usted.

-Gracias, profesor. Es muy alentadora su confianza.

Al parecer, estaba todo dicho; so pena de prolongar la conversación y volver a los cauces luctuosos de la muerte de Denon. Ninguno deseaba reincidir en el tema; especialmente Syd, para quien la somera alusión resultaba enojosa y desagradable.

Denon, con su holocausto, pasaba a convertirse en mártir de una causa secreta. Siempre le recordarían con la veneración de un héroe extinto por la más deshonrosa de las artimañas. Pero no por ahondar en su desgracia iban a devolverle la vida o solucionar la insolucionable situación planteada por la irreparable pérdida. Así lo comprendieron, y aceptaron, ambos de tácito acuerdo.

El profesor Savery acompañó a Powder hasta la puerta de su despacho. Todavía allí, antes de despedirse, recordó:

-Por favor, Syd. Trate de concluir los preparativos. Los cosmomensajes de la Tierra revelan apremio.

-Ahora mismo voy a ponerme en acción.

-Avíseme cuando la nave esté equipada y lista para el espacioviaje. Doble la carga de combustible radioestráctico. Ya le anticipé que efectuaremos un rodeo antes de enfilar hacia el «valle». Medida de precaución, nada más.

--Lo tendré en cuenta.

Y dicho esto, rubricando su promesa con una desenfadada sonrisa, Syd Powder anduvo pasillo adelante en busca del elevador que le devolvería a los cohetódromos superficiales del hermoso Saturno.

CAPÍTULO II
Intento macabro

Fue un día de labor intensa. Cinco horas apuradas al máximo y exprimidas en cada uno de sus fugaces minutos. Si el tiempo se considera oro en la Tierra, resulta incalculable su valor en todos los mundos astrales situados más allá del Gran Espacio Exterior cuyos lindes empiezan en Júpiter.

Syd obligó a trabajar a las cuadrillas auxiliares de la base de modo extenuativo, exhortándolos prácticamente con su constante ejemplo. No les otorgó -ni se permitió- un segundo de reposo.

Sobre la corteza árida de Saturno, moviéndose entre nubes bajas de hidrógeno y nitrógeno -formando cortinas de amoníaco- y de carbono -formando metano o gas de los pantanos- un grupo de ochenta hombres equipados con trajes de vacío y cascos vítreos protectores, dio el máximo rendimiento posible teniendo en cuenta las condiciones de laboreo y la premura del tiempo.

Al anochecer -un crepúsculo rapidísimo y de breve duración- la astronave hallábase a punto de lanzamiento y con sus delicadas secciones motrices debidamente repasadas, ajustadas y comprobadas.

La parte técnica del viaje -quizá la más costosa- estaba resuelta. La cuestión de provisiones, avituallamientos en general y acarreo de utensilios imprescindibles a la expedición, quedaba para el día siguiente... que no tardaría en comenzar.

Así es la vida en los grandes planetas del Espacio Exterior. Una vida azacanada y febril. El terrícola llega a olvidar su condición privilegiada de ser nacido en un Mundo de atmósfera respirable, con períodos diurnos y nocturnos sabiamente coordinados para contribuir a solventar sus necesidades, y provisto de una naturaleza rica, que le brinda sus frutos con un mínimo de atenciones.

Sólo aquellos que han vivido largo tiempo en el Cosmos -como Syd Powder- llegan a superar las frecuentes crisis de nervios y consiguen eludir las dolencias psicopáticas de cualquier índole, a veces mortalmente demenciales.

Cuando las cuadrillas se retiraron a descansar, cumplido su turno intensivo del plan laboral galáctico, fueron reemplazadas por otros grupos de hombres frescos, al mando de un capataz designado por el propio Syd.

También él decidió tomarse un merecido reposo, siquiera de un par de horas. Entonces, ya casi se atrevía a asegurar que la nave estaría dispuesta para viajar el próximo día. Una vez más -fiel a su costumbre- iba a sorprender a Savery, el brillante astrobotánico designado por mandato del Gobierno para la recolección de las «flores de la vida», con la grata noticia

de haber dado cima a una tarea ímproba.

El capataz asumiría con gusto la función de acicatear a sus hombres -por eso le eligió, consciente de sus dotes de mando- y ello permitiría la circunstancial evasión de Syd.

Su mente y su organismo debían hallarse lo más descansados posible para afrontar el viaje espacial que se avecinaba. Su misión -más prolija de lo que se adivinaba a simple vista- consistía en hacer cómoda la vida a los demás expedicionarios. Acaso ésta era la razón por la que muchas veces se le calificaba de celosa «clueca» siempre velando por sus «polluelos».

Sentíase cansado cuando abandonó el Cohetódromo de la Banda Tres[2]. Sin duda, debíase, aparte del agotador ejercicio, al hecho impuesto por la gravedad aterradora que es clásica en la gran masa planetoidal del astro gigante. La temperatura seguía a más de 150 grados bajo cero; por lo que una buena parte de las nieblas de gases que festoneaban las cordilleras se solidificaban de continuo. Al salir del hangar externo apreció una tormenta química -a base de hidrógeno alterado por sodio- que se desarrollaba junto a las crestas montañosas del hemisferio oriental. Alzóse de hombros, flemático, y perseveró en su camino.

Las tormentas de esta naturaleza eran frecuentes en Saturno. Por fortuna, y pese al aparato químico, su duración nunca excedía de un tiempo realmente corto.

Anduvo pesadamente -la gravedad dichosa- hacia el túnel automático de descenso. Al pulsar el contacto de la puerta electrónica, una barrera de ondas móviles le «encajó» en el compartimento individual. Descendió a la ciudad subterránea, sintetizada y confortable, en el lapso que se invierte para masticar un terrón de azúcar, pese a la profundidad enorme de su emplazamiento arquitectónico.

En seguida, cerró la llave de presión y termorregulación climática acoplada al tubo oxigenador del yelmo. Incluso se despojó del protector, y respiró con avidez la atmósfera predifundida, pero idónea, que casi resultaba auténtica. Soplaba una leve brisa purificadora que arrastraba miasmas hacia los renovadores, y acariciaba juguetonamente sus cabellos revueltos. Pese a ello, se percibía la calidez ambiental apropiada para mantener debidamente los frágiles organismos humanos. Allí abajo, excepto en la ausencia del cielo y naturaleza, las condiciones reinantes parecían en todo homogéneas a las de la Tierra.

Ocupaba un departamento preferente en el Edificio Central. El «robot» de conserjería le saludó reverenciosamente y deseóle un feliz descanso, tan exacto en su fiel cometido que en ocasiones Syd dudaba de que sólo fuese un servomecanismo en lugar de una criatura de carne y hueso.

En el departamento, tras dar la luz general de grado subdébil -tenue y grato a los ojos doloridos por la reverberación que producían los

resplandores solares en las costras de hielo externo- y conectar el inevitable sistema respirador, se despojó del traje y vistióse un liviano atuendo, holgado de hechuras, comodísimo.

Antes de tumbarse a descansar, fue al «electrocomplet», donde lavóse manos y rostro con una solución perfumada de alcohol metílico que tersaría su piel ardorosa y húmeda. Había terminado la reconfortante ablución y cerraba la espita de aire templado con el que se secó el alcohol, cuando sonó el zumbador de la puerta.

-Vaya -rezongó para sí-. ¡Qué inoportuno! ¿A quién se le ocurrirá venir a visitarme a estas horas?

No le hacía gracia la perspectiva de que alguien interrumpiese su esperado solaz. Rehuyendo abrir, por si se trataba de un error, presionó el botoncillo del telecontrol y la pantalla opaca quedó iluminada, ofreciéndole el busto de una persona uniformada de verde claro; un soldado de las espaciomilicias de la base.

-¿Qué ocurre? -preguntó Syd.

-Hablo con el técnico Powder, ¿verdad?

-Sí.

-Traigo para usted un mensaje del profesor Savery. Me indicaron en el cohetódromo que había venido a su departamento.

-Bien -autorizó Syd-. Suéltelo. Y váyase en seguida, porque estoy rendido.

-Siento molestarle... pero tengo orden de informarle en privado. Aquí podrían oírnos, señor. Se trata de algo muy importante. Me han recomendado extremada prudencia.

-Humm... -mascullo el joven-. Savery se ha acostumbrado de tal modo a los secretos que hasta la cosa más vulgar adquiere para él los mayores misterios... Conforme. Ahora le abro. Iré en persona.

-Aguardo, señor.

Preguntándose qué clase de nueva inquietud podía acosijar al desazonado profesor, desconectó el telecontrol, salió del «electrocomplet» de aseo y caminó hasta el «hall».

Al franquearle la puerta de entrada, el soldado penetró en el departamento sin esperar la invitación de hacerlo. Syd, instintivamente, observó que se trataba de un hombre recio, joven, corpulento como un buey terrícola.

Los músculos de su torso y brazos destacaban bajo la ceñida blusa del uniforme reglamentario. El casquete rojo que cubría su cabeza parecía demasiado pequeño, igual que si un camarada complaciente se lo hubiese prestado para realizar el servicio con el debido decoro. Cesando en el examen, por considerarlo innecesario, Powder indicó:

-Bueno. Ya estamos a solas. Dígame lo que el prof...

-¡No se mueva!

-¡Eh!

-¡Y trate de ser comprensivo! ¡Hablo en serio!

Syd, estremeciéndose, contempló con ojos achicados al patrullero. El asombro, y la rapidez con que acababa de actuar, le inmovilizaron.

De momento, aturdido, no supo qué actitud adoptar. Sencillamente, permaneció petrificado; porque el hombre, sonriéndole con cierto desdén... ¡le apuntaba al pecho con la boca acampanada de una pistola radioeléctrica! ¡Increíble!

Y a juzgar por la expresión del rostro... ¡parecía muy dispuesto a utilizarla contra él!

-¡Oiga! -exclamó- ¿Qué significa est...?

-Significa -atajó el soldado- que no me envía el profesor Savery... y que va usted a contestar unas cuantas preguntas interesantes. ¿Comprendido? Le aconsejo que sea dúctil. De lo contrario...

-¿De lo contrario...? -repitió Syd, intentando sofocar el volcán de emociones que estallaba en su cabeza.

-Es fácil adivinarlo, ¿no? Yo soy quien tiene la pistola. Haga memoria... ¿Qué le ha ocurrido al terco señor Denon?

-¡Usted le asesinó después de la tortura...!

-Yo no. Otros lo hicieron. Pero eso no viene al caso. Somos varios los interesados en conocer ese famoso «valle» donde crecen flores magníficas... -rió por lo bajo-. Andando. Pase delante de mí. ¡Y no intente jugar a héroe! Tenemos que hablar... sin prisa. Mejor ponerse cómodos, ¿no?

-Creo que voy a negarm...

¡Paff! El puño izquierdo del falso patrullero, agilísimo, asestó un golpe duro en la desprotegida faz de Syd Powder.

El seco impacto, descargado con potencia de experto, le echó violentamente la cabeza atrás, permitiendo ver la huella rojiza nacida en la punta del mentón. Se tambaleó. Siempre creyó que era un hombre fuerte y hasta peligrosamente belicoso. Pero aquel puñetazo inesperado, sacudido a quemarropa, le hizo trastabillar.

Antes de que pudiese reponerse y materializar con algo demoledor la furia encorajinada que asomaba a sus ojos brillantes, el intempestivo visitante le pegó la boca del arma a sus costillas.

-¡He dicho que nada de heroicidades, Powder! -recordó, autoritario-. Juguemos esta partida corno perfectos caballeros... porque le conviene. ¡Andando! Vayamos a su acogedor saloncito.

-Ignoro si advierte usted el grave peligro que corre -dijo Syd con voz sofocada por la ira-. Esto le costará la vida. Soy miembro de una misión sideral patrocinada por el Gobierno...

-Evítese consejos inútiles. Y tenga presente otra cosa. El único que ahora corre grave peligro es usted. ¿Conforme? Se encuentra a mí merced... y una descarga le calcinaría sin remedio por muy miembro federativo que se considere.

-Sí -admitió el joven, acariciándose el contusionado mentón-. Hay algo de razón en lo que dice. Sus métodos son... bastante convincentes.

-Celebro que lo acepte así. ¡Vamos!

El saloncito constituía la estancia más espaciosa del departamento en el Edificio Central, enorme mole de granito reservado esencialmente para personal distinguido radicado en Saturnia, capital del planeta. Se veía decorado con gusto. Viejas librerías -un adorno costoso por lo antiguo- mostraban varios centenares de tomos de una biblioteca añosa y, a la sazón, más decorativa que práctica. En un extremo, iluminado por haces cromáticos, destacaba el bar automático. Mobiliario, ornamentación y detalles secundarios obedecían a la más estilizada moda del momento. Objetos y molduras casi rectilíneos en su concepción; aunque, conjuntamente, producía grata intimidad y asemejábase como dos gotas de agua a las infinitas cámaras personales de la Tierra.

-Muy coquetón -se burló el asaltante-. El Gobierno cuida amorosamente a sus cerebros escogidos. Temo que no he sabido tratarle delicadamente, amigo Powder. De usted depende que rectifique... o persevere en las brusquedades.

-Creo que, aunque se comporta como un truhán, usted no debe ser encasillado entre esa despreciable especie. ¿Me equivoco?

-Tal vez no.

-¿Cómo se llama?

-No importa.

-Puesto que vamos a jugar un animado partido de tenis en el que, sin duda, yo asumiré el papel de pelota... me considero con algunos derechos. Por ejemplo: ¿Cuál es el nombre del tenista que empuña la... raqueta?

-Bien. No le haré sufrir. Llámeme Walter.

-¿El verdadero?

-O el falso. ¡Qué más da!

-¿Cuál es su profesión?

-Soy yo quien tiene que preguntar, amigo. No invierta los personajes.

-He advertido dos cosas -prosiguió Syd-. A saber: Su tez es pálida y sus manos duras. Trabajo recio y oculto. Poco sol. Fuertes músculos...

-Muy observador. Se lo diré, porque me aburre verle tan fatigado en obtener deducciones aproximadas. Antes de que me metiera en esto -y llamo «esto» al asunto de las florecillas maravillosas-, me ganaba el sustento como técnico ajustador de naves. Con la respuesta, termina la conversación dirigida por su batuta. Empecemos con lo que importa.

-Espere. Recapacite. Acaso nadie le indicó que se ha metido en un fregado imponente. Esas flores...

¡Zumpp! El formidable puño izquierdo salió disparado y golpeó a Syd encima del pómulo. A pesar de que el joven permanecía alerta, esperando un próximo ataque, la rapidez de acción obró el milagro de volver a pillarle de improviso. Salió proyectado hacia atrás, trastabillando, y cayó -se desplomó más bien- sobre uno de los mullidos asientos colocados junto al «automatobar».

La pistola radioeléctrica fijó su pupila mortal y fosforescente en el centro del pecho... borrándole todos los deseos de incorporarse presto y saltar sobre su enemigo. En vez de un ataque, Syd asimiló la derrota y echó tragaderas adentro la cólera avivada por el nuevo puñetazo. Relajando los músculos, estiró las piernas y se arrellanó en el asiento.

-Cuando yo digo basta de conversación -avisó Walter, sentándose en el borde bajo de la biblioteca- significa precisamente eso: ¡Basta!

-Entendido -gruñó Syd-. Pero no me gusta su vehemencia. Es la segunda vez que me golpea.

-Esperemos que sea la última.

-Sí; esperémoslo.

-Cálmese. Piense que nada malo puede ocurrirle por soltar un poco la lengua. Yo preguntaré de ahora en adelante... y usted responderá. No quiero vacilaciones... ni embustes. Conocemos lo esencial del asunto, aunque todavía quedan cabos sueltos para encajar debidamente en el rompecabezas. Sabe lo que es un rompecabezas, ¿verdad?

-No.

-Un viejísimo juego terrestre. Porciones sueltas que, al unirlas, forman el conjunto deseado. Ya ve que soy complaciente y trato de llenar los huecos de su ignorancia con conocimientos. Bueno... ¡Basta! -su cara adquirió una expresión lobuna, carnicera-. Ahí va la primera pregunta: ¿Cuándo abandonarán Saturno con su espacionave?

-Creí que lo sabía. Como aseguró que venía de...

Walter se puso en pie de un brinco. Aunque Syd -que aguardaba el inmediato correctivo- preveía la reacción, no consiguió alcanzar al agilísimo delincuente con su finta de derecha. Walter la esquivó sin esfuerzo, denotando aptitudes para la lucha propias de profesional, y el maldito izquierdazo que envió como réplica -¡la demoledora zurda despiadada!- se incrustó en el abierto estómago de Syd... que encogióse dolorosamente y quedó de rodillas, suspirando. ¡Anulado!

-No sea desobediente, Powder... y limítese a contestar. Es mi último aviso. Y cuando yo digo que es mi último aviso...

-De... de acuerdo -jadeó Syd-. Significa que es el último.

-Justo. Creo que ya empieza a entrar en razón.

Syd replicó con un gruñido. Su cerebro funcionaba activamente, frenético. La situación empezaba a volverse crítica. Aquel tipo le molería a golpes, acaso llegase a la tortura y, sospechando lo peor, Savery se encontraría con una baja más en su equipo. El augurio de verse convertido en cadáver fue como una ducha fría para sus ímpetus, apagándolos.

No era solución. La pandilla de desaprensivos empeñados en averiguar la situación del semillero de «flores de vida» -a la cual pertenecía Walter en calidad de vapuleador- no iba a detenerse por un crimen más, después de lo sucedido al malogrado Denon. Aparte, mientras se frotaba el escocido estómago, pensó en la dificultad de desarmar a Walter empleando la fuerza.

Tampoco prometía mucho esta solución, puesto que el granuja le doblaba en complexión y técnica combativa. Debía exprimirse el cerebro en busca de la tangente. La inteligencia es un arma poderosa frente a los músculos crudos. Pero... ¿de dónde extraer la bendita solución al conflicto? ¡Su cabeza parecía vacía y, por paradoja, llena de zumbidos extraños!

-Siéntese -ordenó Walter-. ¿Se ha convencido de que es inútil intentar nada? Jamás me pillará descuidado.

-Pues... A medias.

-¿Sólo a medias? Quizá es que no pegué lo suficiente duro.

-Sí. Pegó bien. Sus jefes le premiarían, suponiendo que pudiesen verle actuar. Se ha ganado usted el título vitalicio de «gorila» ideal. Si salgo de ésta... prometo estudiar los rudimentos de la lucha. No me gusta sentirme desvalido.

-De usted depende, esencialmente, que salga... o se quede hasta la eternidad -volvió a ocupar el saliente de la biblioteca, siempre sin dejar de apuntarle-. Repetiré la pregunta: ¿Cuándo abandonarán Saturno?

-Hum... Mañana -Syd parecía sumiso y blando como un guante de suavísima piel-. Es decir... en las últimas horas del día de hoy. Ese era el proyecto. Pero... ¡qué curioso!... alguien, disfrazado de soldadito ejemplar, vino a desbaratar los planes.

-¿Cuántos ocuparán la astronave?

-Déjeme pensar...

-Vamos, conteste.

-Ahora que Denon no podrá acompañarnos... seremos ocho. Sí; ocho exactamente.

-Déme sus nombres.

-No alcanzo a...

-¡Déme sus nombres!

-Claro, claro... No se irrite, Walter.

-Y, de paso, sus respectivas ocupaciones.

-Como prefiera -Syd bajó los párpados para evitar que captase el chispazo de ilusión-. Un momento.

Se le había ocurrido una idea. ¡Una idea audaz y aplastante! ¡Lo que necesitaba para librarse del opresor!

Claro que, en honor a la verdad, la susodicha idea todavía no estaba muy clara en su pensamiento. ¡Debía redondearla sin pérdida de tiempo! La respiración agitada que escapaba por sus labios le señaló el matiz salvador. ¡La respiración! ¿Cómo no se le ocurrió antes? ¡Cerebro contra músculos!

Ello, empero, poseía un difícil inconveniente. Casi insuperable. Tendría que procurar alejarse hasta el «hall». ¡Qué largo le parecía el camino! La pistola de Walter le achicharraría con sus rayos al primer tiro.

Naturalmente, sólo podría iniciar la tentativa bajo esta condición de tenerlo desarmado...

-¿Qué le pasa? ¿Se ha quedado mudo?

-¡Oh, no! Repasaba en la memoria.

-¡Conteste de una vez! ¡Déme ocho nombres y ocho cometidos!

-Sí... -Powder trataba de ganar tiempo-. El profesor Savery, astrobotánico y jefe del grupo científ...

-¡Sé bien quién es el profesor!

-Usted dijo ocho nombres y ocho cometidos, Walter.

-¿Ya vuelve a las andadas?

-¡Ni lo sueñe! Es usted demasiado invencible... para mí.

-Continúe. Adulándome, no obtendrá trato de favor.

-Lo supongo. El capitán Lander -agregó presuroso-. sideronavegante, y a cuya pericia confiamos el rumbo cósmico...

-Dos -atajó Walter-. Siga.

-Fay Shellon, ayudante del profesor. Una especie de secretaria para todo, ¿entiende? También es astrobotánica...

-¿Una mujer?

-Sí. Y muy bonita.

-Huelga la observación. Ya tenemos tres. Adelante, Powder.

-Cabot, mecánico espacial -agregó Syd, mientras una batahola de ideas se revolvían en su mente, ávidas por dejar el plan de ataque en su máxima concreción-. Se ocupa de la conservación en vuelo de la astronave.

-Cuatro -contó Walter, seco.

-Diness, a cargo de la tele-electronía. Representa los «ojos», los «oídos» y la «voz» de la expedición.

-Bien. Faltan tres. Concluya.

-Lyman, especialista recolector. Junto con el profesor Savery y con Denon, antes de que ustedes lo asesinaran, elige y toma las «flores de la vida». Además de Lyman, tenemos a Blue. Éste es técnico protector. Nuestra «defensa». A bordo de la nave contamos con dos super-robots de combate, gobernados por mandos de control a distancia, que salvaguardan la integridad física de los componentes del grupo. No puede usted imaginar

la de áridas sorpresas que a veces reservan esa infinitud de astros desparramados por el espacio. Los autómatas de combate se han batido denodadamente en varias ocasiones contra enemigos poderosos...

-He contado siete miembros.

-Claro -Syd, por primera vez, sonreía abiertamente-. El octavo lo tiene delante de la nariz.

-¿Qué hace usted en la astronave?

-Soy el encargado del utillaje, del contenido de la cámara-almacén y me toca en suerte, una vez en superficie, disponer las instalaciones o campamentos astrales. Por ahí hay malintencionados que me llaman la ««clueca»... Como usted no debe ignorar, ahora estaba preparando la partida. Pero cometí un error.

-¿Cual?

-Abandonar el Cohetódromo de la Banda Tres.

-No se haga el gracioso. ¿Por qué no llevan médico a bordo?

-El profesor Savery entiende lo suficiente de medicina. Ha demostrado poseer buenas manos. Recurrimos a él cuando es necesario.

-Conforme. Está claro. Ahora que ya conozco a la tripulación de la espacionave... va usted a decirme algo respecto al quimérico valle o semillero. No crea usted que somos tan necios como para tragarnos esa patraña de que existe un valle clásico en el cinturón saturnal. La estolidez no llega a tanto... porque eso es imposible de todo punto. En los astros de este sector no quedan vestigios de vegetación. No podría fructificar ni una mata de lentejas silvestres. Así pues, queda descartada la posibilidad del valle. Dígame, sin rodeos, en qué consiste el semillero... y donde está enclavado. ¡Sin rodeos! Sabemos positivamente que no es en Saturno -hizo una pausa dramática e intensa-. Hable, Powder.

Syd convino en que no sería fácil engañarle. Parecía bastante enterado -acaso debido a una indiscreción de Denon- y, por otra parte, su teoría de improductividad vegetal se basaba en hechos demostrados.

Realmente... el «valle» sólo existía en la imaginación del profesor Savery; y si lo designaban de aquel modo, era con la intención dé desviar posibles sospechas. La idea material de «valle» hacía pensar en tierras feraces, ricas en oxígeno y bien regadas. Ello, cosmológicamente, no cabía en la zona de Saturno.

Sabía que las preguntas subsiguientes iban a meterle en un aprieto insuperable. Como vulgarmente se dice, entré la espada y la pared. Debía forzar la situación para desembocar en el esperado desenlace... y probar a desarrollar su plan liberador. Ello sólo llegaría, exasperando a Walter y obligándole a golpearle de nuevo.

-No pueden saber «positivamente» lo que ignoran -arguyó.

-Pero nadie ignora la infertilidad de Saturno. Todo cuanto nos rodea es

estéril.

-¿Acaso ha sido suficientemente explorado?

-No quiero preguntas, Powder; sino respuestas. Y diga sin rodeos. ¿Dónde está enclavado el semillero?

-Por supuesto... en la zona de Saturno.

-¡No me impaciente! Si me salgo de mis casillas... ¡no respondo de los resultados!

-Ya he podido comprobar que abandona sus casillas con facilidad...

-¿Dónde? -interrumpió Walter con un rugido- ¡Conteste!

-En Saturno -se obstinó Syd con terquedad.

-¿Y para ello necesitan equipar una nave?

-Saturno es grande.

-Y usted demasiado estúpido si espera convencerme -Walter abandonó su improvisado asiento y anduvo hacia él, firmemente amartillada la pistola-. ¡Quiero la verdad!

-Le estoy diciendo la verdad.

-¿Sí? -Walter cerró el puño izquierdo-. ¿Dónde? ¡Conteste rápido!

-Al Sur.

-No es suficiente, ¡Cite referencias!

-Cerca de las Montañas Boreales...

-¡Mentira!

-Le aseguro que...

-¡Esa es la parte más yerma, de Saturno!

-Hay un lugar magníficamente enclavado donde...

¡Crack! El brutal puñetazo alcanzó a Syd en la ceja. Fue tan potente que lo alzó en vilo, arrancándole del asiento con inusitada violencia. En el suelo, empinándose sobre los codos, trató de incorporarse. Walter le propinó un puntapié dolorosísimo en los riñones y el joven se retorció, angustiado, rodando por tierra. Antes de que acertase a detener su volteo, el miserable repitió los puntapiés, ahora sañudamente y sin parar mientes en los vulnerables puntos que castigaba.

Un par de minutos más tarde, jadeando, Walter se obsequió con un descanso para recobrar el aliento. Syd, desmadejado, respiraba gurguritantemente y la sangre manaba, cálida y silenciosa, por sus partidos labios, por los orificios nasales y por la profunda herida de la frente. Su rostro todo, palidísimo, mostraba violáceas contusiones dejadas por las recias botas de Walter. Había perdido el conocimiento. Cuando lo recobrase, Walter esperaba que se avendría a razones con tal de evitar otra paliza semejante.

No reparó, ni por descuido, en algo harto significativo: El tronchado cuerpo se hallaba caído en el extremo del saloncito... ¡casi junto a la puerta de comunicación con el «hall»!

Mientras Syd íbase recobrando lentamente de la postración, Walter accionó una minúscula microemisora sujeta a su muñeca derecha por una flexopulsera. Parecía un arcaico reloj de los usados durante la ya lejana Era Experimental Interplanetaria; aunque de tamaño reducidísimo, puesto que no excedía del medio centímetro. Elevando la muñeca hasta la altura de su boca, gruñó:

-¿Lo ha presenciado todo, señor?

-Perfectamente -contestó una vocecilla cuyo timbre sonoro amplificaba un micrófono extramilimetral,

-Temo que acabaré lesionándole de consideración si continúo pegándole como basta ahora. Es obstinado. Tanto como el tal Denon.

-Cierto, Walter. Aunque espero que la demostración haya servido para ablandarlo.

-Lástima que no pueda sacarlo del Edificio Central y conducirlo a su presencia. ¡Utilizaríamos otros métodos!

-Abandona la idea. Es demasiado conocido y llamarías la atención de la policía. La confesión debes obtenerla ahí, en su departamento. Continúa como hasta ahora... y aprovecha el factor dolor. Parece desquiciado. Castígale cuanto sea necesario; pero no lo mates. Otro cadáver echaría sobre nosotros a toda la Policía Cósmica del espacio. Mira... -agregó sibilante-. Ya vuelve en sí. Paso a la teleobservación.

-A sus órdenes, señor.

Powder, en efecto, recobraba la consciencia. Los ojos de párpados abultados miraron a Walter aviesamente. No dijo nada. Con gran esfuerzo, logró sentarse en el suelo y sacudió la abotargada cabeza de izquierda a derecha.

-¿Ha tenido bastante? -preguntó Walter.

-No -replicó, áspero-, Me gusta la partida de tenis. Ande... ¡Golpéeme un poco más!

-Lo haré... ¡hasta destrozarle todos los huesos!

-Por mí, no se detenga. Ya he dicho que me gusta el juego.

-¿Dónde está el valle? -increpó Walter airadamente.

-¿Qué valle? -sonrió Syd- ¡Es imposible que exista un valle en Saturno!

-¡Nada de burlas, Powder!

-Son sus propias palabras. ¿Las ha olvidado?

--¡Le voy a descuartizar!

Uno de los pies de Walter, volando raudo, asestó un punterazo bestial en el pecho de Syd, que volvió a caer de espaldas... ¡quedando tendido cuan largo era junto a la puerta del «hall»!

-¡Hable! -gritó el malvado, avanzando de nuevo.

Syd, fingiéndose presa de un desesperado terror, cruzó el umbral a gatas y escapó del saloncito. Su corazón latía desordenadamente, inundado de

empíricas emociones, y a punto estuvo de estallar en carcajadas de triunfo. ¡El «hall», al fin!

Tras el adorno de unas cortinas de sedo-plástico se hallaban los registros generales de luz y aire oxigenado. Los que conectó apenas entrar en el departamento. Cerrándolos de golpe, obtendría encubridora oscuridad y cese del compuesto vital. Poniéndose en pie de un salto, trató de acercarse a los mandos.

-¡Hable! -demandó Walter fuera de sí.

Atacó abiertamente y Syd fue empujado con la fuerza de una masa catapultada contra la pared. Chocó de espaldas. Mantenía los brazos extendidos, ávidos, y era tanto su anhelo que apenas experimentó dolor alguno por el colosal encontronazo. Sus dedos rozaron las cortinas de sedo-plástico. Luego, al tiempo que aspiraba una glotona bocanada de aire para almacenar oxígeno en los pulmones... ¡desconectó de un manotazo los controles de regulación! ¡La impenetrable oscuridad los envolvió a ambos instantáneamente!

La maniobra se desarrolló con una fugacidad tan cegadora que el siniestro enviado quedó momentáneamente desorientado por el nuevo giro dado a los acontecimientos. ¡Perdió a Syd de vista en el acto! Quiso abalanzarse sobre él, aturdido; pero no logró otra cosa mejor que enredarse con los flotantes cortinajes. ¡El prisionero habíase esfumado en las sombras!

-¡Maldita sea toda tu estirpe! -injurió Walter.

Guiándose por la voz que surgía entre tinieblas, Syd agachó la cabeza y embistió poderosamente. Tenía la sangre enardecida, incendiada, y una savia nueva le recorría el cuerpo comunicándole la sensación de poseer indescriptible vitalidad. ¡He aquí su revancha! Ahora veríamos si el gigantesco Walter continuaba tan batallador y seguro de sí mismo. ¡La oscuridad casi los dejaba en igualdad de condiciones! ¡Y Syd todavía guardaba reservas de oxígeno en el pecho!

El cabezazo alcanzó a Walter en un costado, bajo las costillas falsas. Escuchó con maravillosa delectación el bufido de dolor y sorpresa que emitió instintivamente. ¡Qué placer reintegrar alguno de los golpes recibidos!

Advirtió que el furibundo embate lo proyectaba hacia el otro lado del «hall»... ¡alejándole de los controles! Aquello le sumiría en la mayor de las desorientaciones. Sólo una persona que conociese con exactitud el departamento podría acertar el lugar exacto del emplazamiento de los controles. ¡Y Walter no lo conocía!

Una serie de elocuentes tropezones vinieron a corroborar su afirmación. ¡Andaba perdido en las negruras! Sus maldiciones ahogadas eran música celestial para él.

Syd se aplastó contra la pared y, a tientas, buscó cobijo en el recodo del pasillo. ¡Un parapeto ideal para mantenerse oculto mientras Walter le buscaba inútilmente! Esperó.

El corazón tabaleaba desacompasadamente, vertiginoso. Parecía como si una huracanada y extraña brisa interna le orease el alma. El repique del pulso en las sienes amenazaba con hacer explotar la cabeza. ¡Y cuán lentos transcurrían los segundos pese a su preponderante significación...!

Expulsó el aire contenido, incapaz de resistirlo ni un instante más, e inhaló otra bocanada. ¡Qué sequedad tan delatora! Aún quedaban restos de oxígeno en el ambiente... pero íbanse esfumando con gran velocidad por los purificadores de exhaustación. ¡Pronto el departamento se encontraría limpio, como vaciado por una bomba neumática! ¿Y entonces?

Todo dependería de su propia existencia. El que mejor soportase la prueba... ¡evitaría la asfixia!

Walter, bañada la frente en helado sudor, utilizó la microemisora para transmitir. Habló en susurros, cegados los labios a ella.

-¿Lo ha visto, señor? ¡Maldito loco! Estamos condenados los dos... ¡ya siento la falta de oxígeno!

-Emplea la pistola. ¡Aprisa, Walter, porque no hay tiempo que perder! Localízalo antes de que empiece la debilidad. ¡No debes caer prisionero!

-¿Prisionero? Está desarmado, señor...

-¡Estaba! Ha demostrado inteligencia. ¿Es que no lo entiendes, mamarracho? Él tuvo tiempo de prepararse, y tú no. ¡Achichárralo! -a su obtuso cerebro llegó la evidencia de tal aseveración. Era una orden drástica, tajante. No lo pensó demasiado; porque su fuerte, ciertamente, no radicaba en pensar.

A tontas y a locas, sin que lograse adivinar la situación de Powder debido a su mortal inmovilidad, apretó el gatillo y un latigazo de fuego cárdeno relumbró infernalmente a lo largo del «hall». La pared quedó abrasada, marcada por la huella ígnea del disparo. Syd, contrayendo los músculos, se pegó aún más al recodo. ¡La electrollamarada descubría la posición de Walter!

Éste, aprovechando la iluminación fantástica de los tiros, avanzaba pasillo adelante. Syd no vio su rostro congestionado, crispado por la agonía de la falta de oxígeno... ¡demudado de una forma demencial! Pero, en cambio, vio otra cosa. ¡Las cortinas! Si Walter reparaba en ellas, podría encontrar el control general y devolver la luz y el compuesto atmosférico. ¡La partida volvería a cambiar para el acorralado Powder!

El granuja apretaba el disparador sin descanso y los relampagueos eléctricos alumbraban su incierto camino. Un coquetón adorno de viejo cristal terrícola se deshizo en mil fragmentos. Dos jarrones rojos que ocupaban gemelas hornacinas fueron desintegrados por el impacto

fulmíneo de un tiro al azar. ¡Las cortinas! Syd percibió con tangible sensación física que sus cabellos se erizaban de espanto. ¡Descubriría el contacto general!

Quedaba va un mínimo de oxígeno en el ambiente

Y las respiraciones poseían sonoridades de estertor. ¡No tardarían en sentir el agarrotamiento de la asfixia! Syd Powder alentaba la secreta convicción de que él saldría triunfante de la experiencia a poco que se prolongase la situación. Por ello -¡de ningún modo!- podía consentir que Walter, fortuitamente, encontrase el contador electrónico de regulación. Los disparos recortaban la silueta de su adversario con nitidez pasmosa. ¡Se encontraba a tres metros de distancia! Todavía no logró descubrirle, porque el recodo proyectaba una tétrica sombra a cuyo amparo cobijábase él... ¡pero a tan corta separación no existían garantías de continuar ignorado!

Alejando de la mente la idea de su evidente fortaleza muscular, y dándose ánimos en razón de la creencia que sustentaba, Syd abandonó el ángulo y salió al pasillo como disparado por un arma nuclear. Tal fue su ímpetu, que Walter intuyó más bien que presenció su prodigiosa aparición. Girando el cuerpo, dirigió hacia él la pistola, encañonándole. Syd se zambulló materialmente en el vacío... ¡y salvó los tres metros con meteórica violencia!

El choque resultó formidable, épico. Walter vaciló sobre sus pies. El crispado índice oprimió el disparador... ¡y Powder sintió la deslumbrante llamarada chamuscándole los cabellos! Un grito. Una exclamación injuriosa. El jadear loco de los contendientes...

Syd reunió todas sus fuerzas, concentrándolas en el puño derecho. Tenía los pulmones abrasados y doloridos. Tomó impulso y descargó un gancho en corto que, al alcanzar el plexo solar de Walter, resonó como un taponazo desorbitado. El truhán se dobló. Syd no le otorgó cuartel y cuando la pistola disparó a sus pies -destrozando el pavimento entre saltarinas chispas- cerró ambas manos en torno a su muñeca y forcejeó desesperadamente para desarmarle.

Fue una lucha feroz, sofocada por gruñidos entrecortados y jadeos de fiera moribunda. Aire. ¡Aire! Se estaban secando por dentro. ¡De qué modo necesitaban el oxígeno!

Syd dio un traspiés y se desplomó de espaldas. Todo ocurrió en un segundo, al «adivinar» que Walter se le venía encima, para aplastarle.

Levantó ambos pies al mismo tiempo y las suelas del calzado chocaron contra el brazo estirado cuya mano empuñaba la pistola homicida. ¡Pura casualidad, porque la oscuridad era impenetrable! Sin embargo un nuevo disparo surgía del arma en el momento que el brazo saltaba hacia arriba por efectos del doble puntapié. Un chorro de fuego azul envolvió la faz horripilada de Walter... ¡desintegrándola antes de que consiguiese articular

su grito de espanto!

-¡Dios bendito...! -musitó Powder sacudido por repentinos temblores- ¡Ha recibido la descarga que me destinaba a mí!

La pesada mole humana se desplomó a su lado, exánime. Un silencio macizo, indescriptible y apabullante, envolvió en el acto la total extensión del «hall». Temblando todavía, recurriendo al último adarme de sus dispersas fuerzas, Syd logró incorporarse y avanzar, dando bandazos, hasta el control.

El silbido del aire le trajo instantánea vida y diluyó, llevándolo a los purificadores, el nauseabundo olor a carne socarrada. La luz, sin embargo, permitióle ver la pingajosa cabeza de Walter, de la cual sólo quedaba un pedazo de nuca y repugnantes mechones de cabellos adheridos a ella. La cara, íntegramente, era un manchón rojo y pastoso.

Apartando la vista del horrible espectáculo, Syd anduvo hacia el telecomunicador, deseoso de ponerse en contacto con el profesor Savery. ¡De buena habíase librado! ¡Una vacilación de segundos, ahora, sin remisión, estaría haciéndole compañía a Denon!

No obstante, escalofriado, le fue imposible reprimir el estremecimiento final.

Ya disponía de luz, de aire... y de libertad. Pero todavía continuaba anonadado por el trágico intento criminal que Walter llevó a efecto contra su desprotegida persona. ¡Las «flores de vida» eran, decididamente, «flores de muerte»! O si no... ¡Que se lo preguntasen a él!

CAPÍTULO III
Rodeo cósmico

Una clásica tormenta química estallaba en el espacio, impartiendo explosiones súbitas en todos sentidos. Sobre la superficie estéril de Saturno se arremolinaban masas de gases enrarecidos y densas tolvaneras de polvo cenizoso.

También sobre aquella superficie, hostil a la colonización, un grupo de hombres enfundados en sus equipos de vacío daban los últimos toques al embarque de mercancías que íbanse hacinando en el interior de la monstruosa astronave.

Erguida sobre las aletas de proa, tiesa y potente, causaba el efecto de un gigantesco cigarro puro de plata. La contemplación de aquel exponente construido por entes humanos superaba la misma fantasía y llenaba de orgullo por el vigor que dimanaba del navío sidérico.

A su alrededor, los terrícolas parecían insignificantes hormigas afanándose en arrastrar su asombroso botín. Una vez más, mientras ocupaba la jaula hermética del ascensor extrarrápido que le conduciría a la camareta destinada a la tripulación, Syd Powder meditó en la grandeza y dominio de aquellas engañosas hormiguitas. Habíanla llevado al Cosmos para infiltrarla eternamente y el dominio, indiscutible, lo ejercieron sobre todos los astros habitados o no.

Iba solo en la jaula, porque sus camaradas de expedición ya se encontraban en sus puestos. La demora obedecía al hecho de haber prestado su última declaración ante las autoridades de Saturnia. Ellas se hicieron cargo del despojo y tomaron en sus manos la obligación de iniciar inmediatas pesquisas para tratar de obtener el esclarecimiento del suceso.

-Tarea vana -pensó Syd, ya que íntimamente se hallaba convencido de la infructuosidad legal-. No encontrarán pistas. Y respecto a los culpables... deben estar acechándonos en cualquier lugar del espacio, a cubierto de la Policía Sideral. El profesor Savery se quedará boquiabierto cuando le ponga al corriente de mis averiguaciones. Han sabido hacer las cosas. Es indudable que la muerte de Walter... no les ha privado de conocer hasta la última palabra que pronunciamos. ¡Mala cosa!

Así pensaba, y así siguió pensando al alcanzar la meta y oprimir el botón de «reenvío» que devolvería el elevador al nivel de superficie. Tenía formadas sus teorías y sabía que ante ellos sólo existía una coyuntura inconclusa: Afrontar la realidad a todo riesgo.

Llegó al Cohetódromo de la Banda Tres en el momento que una cuadrilla teledirigida, gobernada por el técnico en robótica de la base, introducía por la compuerta de la bodega la imponente batisfera que ellos llamaban familiarmente «Claudia».

Cualquier observador solapado que hubiese sido testigo de la maniobra, habríase quedado atónito ante lo inusual y casi descabellado de llevar a bordo el pesado armatoste para la exploración subacuática. ¿Dónde iban a tropezarse con mares, lagos o míseras charcas en el sector de Saturno? ¡Si estaban helados sus astros! ¡No podían vanagloriarse ni de poseer una gota de agua en estado líquido! Además, yendo a un «valle»... ¿para qué diablos necesitaban una esfera a prueba de presiones marinas? ¡Qué trasto tan inútil!

Ésta habría sido, sin duda, su exclamación. Syd lo había oído comentar al personal de los equipos auxiliares infinitas veces. ¡Batisferas en unos mundos donde el agua debía fabricarse por procesos electrolíticos!

Mas «Claudia» constituía un elemento de primerísimo orden -pese a todos los vaticinios a los que obligaba la incomprensión- y, por ende, imprescindible en la operación recolectara de «flores de vida». Sin «Claudia» hubiesen ido a estrellarse contra el más superlativo de los fracasos. De ahí que la bautizasen con el cariñoso apelativo y, en verdad, consideraban al compacto globo de gruesas paredes como otro miembro activo de la expedición.

Powder esperó a que fuese acoplada en su compartimento reforzado y entonces, minutos antes de que empezasen a desfilar los empleados y las máquinas para dejar espacio libre al lanzamiento, ocupó el elevador y subió hasta el «cono» de la astronave. Allí, ávidos, le estaban aguardando los demás.

Savery fue el primero en acudir a darle la bienvenida. Lander y Cabot -capitán y mecánico especial respectivamente- le saludaron con el gesto y, tranquilizados respecto a su reincorporación al grupo, se alejaron hacia la cámara de gobierno, para iniciar los preparativos de salida. El profesor, la bellísima Fay Shellon, Diness, Lyman y Blue, le rodearon anhelosos por conocer las novedades.

-El «caso» ha pasado a la jurisdicción de las autoridades -explicó Syd, tras agradecer su interés-. Debemos echarlo al olvido... por ahora. Creo que la policía solventará los enigmas y procederá adecuadamente -suspiró-. En fin, amigos. ¡Aquí no ha ocurrido nada!

Había, sin embargo, algo en el tono de su voz que sonaba a falso. Naturalmente, no era su intención preocupar a nadie, porque sembrando tal semilla no tardaría en fructificar el desconcierto y los consecuentes temores. La misión, en sí, ya encerraba el suficiente peligro como para no tratar de aumentarlo con zozobras psíquicas. Syd lo comprendió de este modo y procuró quitar importancia a lo sucedido, achacándolo a la actuación propia de un demente.

No tardaron en sonar las señales de aviso, indicando a la tripulación que iba a dar comienzo el lanzamiento. A cada cual se le recomendó ocupar sus

puestos, y Syd, aproximándose al profesor, le susurró casi al oído:

-Necesito hablarle.

Los ojos de Savery parpadearon levemente, otorgando al parpadeo un elocuente valor afirmativo. Hízose cargo en seguida de la petición e intuyó -puesto que fue leve sospecha- la transcendencia oculta de la misma.

-Vaya a contemplar la salida por las cosmopantallas, Fay -sugirió el profesor a su bonita ayudante-. Quiero concretar con Powder algunos extremos.

-¿No me necesitará? -preguntó la sonriente Fay Shellon.

-No, gracias.

-Estaré en la cámara superior. Llámeme si hago falta.

Lyman, el especialista recolector, no esperó a que Savery le despidiese con eufemismos. Se alejó en silencio, agregándose a Diness y Blue, que también abandonaban la estancia de gruesas paredes duploacéricas.

Apenas quedaron solos, el astrobotánico comentó:

-¿Quiere presenciar el ascenso, Powder?

-Me lo sé de memoria. Saturno se hundirá bajo nosotros e irá empequeñeciéndose hasta convertirse en una bolita oscura colgando del espacio. Luego, emprenderemos rumbo a Phoebe.

-La primera parte de su respuesta es acertada... pero no la segunda. Ya le dije que daríamos un amplio rodeo antes de dirigirnos al «valle» del satélite.

-Nunca encontré tan acertada la medida.

-¿Cree que hay motivos?

-Sí. Precisamente deseo hablarle de esos motivos. En el cuartel de la Policía Sideral averigüé bastantes cosas... ninguna animosa para nosotros.

-¿Sobre su atacante?

Syd afirmó con la cabeza.

-Vayamos a mi aposento -determinó el profesor-. Allí estaremos aislados de todos y será factible hablar con libertad. En cierto modo, estoy impaciente por conocer lo sucedido oyendo una versión de primera mano. Lo que me anticipó por el telecomunicador fue bastante parco.

-No podía perder tiempo.

-Ahora, en cambio, nos sobra. Vamos.

Se metieron en un interno descensor, que los transportaría en pocos segundos a la planta inferior del «cono».

Afuera, en la superficie castigada por rigores climatológicos y peculiaridades astrales del planeta, la zona inmediata a la pista de lanzamiento había quedado desierta, y libre de obstáculos. Los seres vivientes y las máquinas auxiliares se retiraron apenas avisar Lander por telecomunicación que se hallaban listos. Ocho gruesos haces de fuego, elevando nubes polvorientas, fluían de las nuclotoberas de ignición

impulsora.

La luz vivísima enceguecía. Un rugido horrísono, propagado con apelmazada lentitud en la rarificada atmósfera saturnal, hería los tímpanos y se clavaba en el cerebro pese a los yelmos de protección. El gran cigarro de plata, basculante, comenzó a elevarse entre silbidos atroces y cataratas de chispas rojas.

De golpe, al soltar los controles servodeceleradores, hendió el aire vertiginosamente, empequeñeciéndose con increíble rapidez a medida que ascendía. La estabilización giroscópica imprimió una horizontal paulatina antes de alcanzar la comba máxima del parabólico impulso. Abajo, a mil kilómetros de distancia, todavía estremecía el bramido de los motores y azotaba la furibunda onda expansiva creada por la astronave.

Japetus y Tetis parecían al alcance de la mano. Hiperión, dorado, mostraba sus relieves escabrosos.

Y Titán, el gran satélite, brillaba turbiamente esfuminado por masas de gases.

El cinturón de menudísimos asteroides satelitales -los «anillos»- parecían apartarse al paso de la nave rauda, extraordinaria, que rumbeaba a velocidad lumínica hacia el solitario e irregular Mimas. El cielo -tan negro hasta entonces desde la superficie- ofrecía una suave tonalidad azul y en los «anillos», en sus millones de corpúsculos separados por la franja divisoria clásica[3], se veía la sombra oscura del planeta motivada por un fenómeno de gigantesca refracción de luz.

No era posible contemplar, a un tiempo, los nueve satélites principales debido a la colocación sideral de la astronave; pero el punto de ascensión, y la amplitud de grado, permitían un panorama bellísimo, irreal, incalificable por su grandiosidad e impávida dimensión cósmica.

A través de las pantallas de tele-exploración externa, los tripulantes de la nave se extasiaban con aquella maravilla astral que no, pese a la asidua repetición, perdía un ápice de su fascinante atractivo.

El profesor y Syd Powder habían penetrado en el aposento acorazado del primero y se acomodaron a su satisfacción. La espacionave devoraba miles de millas cósmicas, iniciando el portentoso rodeo para engañar a los posibles seguidores de aquella fabulosa travesía por los océanos etéreos, cuando Syd relató su aventura, que bien pudo ser fatal, con minuciosa prolijidad.

Al terminar, Savery le observaba con el entrecejo fruncido. Tras varios instantes de reflexivo silencio, manifestó:

-Usted fue más afortunado que Denon... gracias a Dios. Pero esta insignificante victoria no basta para traernos tranquilidad al ánimo, ¿verdad? Lo cierto, lo espantosamente innegable, es que ha comenzado la feroz rivalidad por poseer las «flores». A partir de ahora, ya no habrá

seguridad... ni secreto.

-Justo, profesor. Hemos ganado una batalla. Pero la guerra sigue en marcha.

-También debemos ganarla. Nuestra causa se resume en una lucha enconada por el bien de la Humanidad.

-Sólo de una parte -señaló Powder.

-De la más selecta. Aquellos hombres que, por necesitarlos tanto... por su categoría de imprescindibles... nunca debían morir.

-No creo que esos argumentos convencieran a tipos del calibre de Walter. Ni, mucho menos, a sus jefes. Lo tildarían de un bien poco equitativo. Para ellos, todo el Género Humano es igual. Aunque no vaya a suponer que les mueve la caridad. No, profesor... ¡Les impulsa el negocio! No paran mientes en la importancia social de unos u otros seres. Lo único capaz de conmoverles es el afán de atesorar riquezas y poderío... Relacionado con el tal Walter, viene a cuento informarle de lo que he sabido.

-Hable, Powder.

-Verá usted, señor. Aparentemente, muerto Walter, todo induce a sospechar que su intentona constituyó un resonante fracaso. El azar, y tal vez un poquillo de suerte, decidieron que sus propósitos quedaran frustrados. Lo cierto, lo patente, es que la radiodescarga de la pistola le destrozó la cara y produjo su aniquilación. En la comisaría del Cuartel Espacial el cadáver fue sometido a un escrupuloso registro, apreciándosele un microtransmisor-receptor sujeto a la muñeca. Examinado al microscopio electrónico, se descubrieron sus juegos de lentes y las telecámaras de enfoque multidireccional de que se hallaba dotado. En otras palabras: Gracias a él, sus jefes no sólo escucharon perfectamente nuestras discusiones... ¡sino que las «presenciaron» con la misma limpieza que en una telepantalla normal!

-Curioso.

-Demasiado. En opinión de los técnicos, las videoondas de frecuencia sónica aparecieron proyectadas en un «captador» situado a muchos kilómetros de distancia. Los jefes de Walter, pues, asistieron a la entrevista sin la menor dificultad. Sin duda, tomaron nota -y quizá lo registraron en cilindros parlantes- de cuanto dije. Repito que mi información no bastaría para aportarles excesiva luz. Aunque, desde luego, les servirá para conocer nuestra inmediata partida, y el número exacto de miembros que componen la expedición. Son datos en los que pueden basarse en el caso de que pretendan ejercer una acción inmediata... y agresiva.

Savery le escuchaba sin descomponer su actitud meditativa.

-Bien -rezongó-. Eso ya es irremediable.

-Admitido, profesor. Pero he creído interesante que usted no ignorase

tales extremos. Al fin y al cabo, le corresponde pronunciar la última palabra por su calidad de jefe.

-Mi última palabra está pronunciada de antemano y, en esencia, no puede apartarse de las órdenes dictadas por el Alto Mando terrestre. En nuestro Mundo necesitan con urgencia un envío de «flores de vida». Sabíamos la clase de peligros que nos esperaban arrostrar cuando aceptamos la misión y ahora, levantado el velo del secreto, sería estúpido y cobarde echarnos atrás. No, Powder -denegó-. No retrocederemos. Lander tiene instrucciones concretas y avisará en el caso de que las cosmopantallas de detección radárica señalen presencias distintas a las de percepción astral. Si alguien intenta seguirnos en este rodeo, no nos pillará por sorpresa. En tal caso, obraríamos en consecuencia. Diness y Blue actuarán sin contemplaciones.

-Su confianza me devuelve la tranquilidad.

-La necesitamos todos, Powder. Eso -tranquilidad- es básico en esta clase de expediciones. No sé hasta qué punto debemos temer las ingerencias criminales de extraños, Syd. Ahora bien; pondría las manos en el fuego por nuestro admirado sideronavegante Lander. Pocos como él conocen las rutas del espacio. La inmensa zona saturnal en la que nos movemos representa un vasto laberinto en el que otros astronautas se perderían sin remisión. Lander desorientará a quienes se propongan seguirnos. He ahí una garantía firme. Después, libres de testigos molestos, enfilaremos hacia el «valle».

-Hago votos para que todo se desarrolle como usted predice.

-Yo hago algo más todavía: Ruego a Dios para que no nos deje de su benévola mano. Y ahora -Savery le palmeó la espalda y se esforzó en dar a su expresión un neto aire de confiabilidad-. Basta de preocupaciones. El tiempo pronunciará su sentencia irremisible. Nos veremos más tarde, Powder. Prefiero no prolongar esta conversación, a fin de evitar las lógicas sospechas en nuestros camaradas. Su actitud al presentarse fue la más prudente. Dejémosles creer que todo ha terminado con la trágica muerte de Walter.

Pero «todo» no había terminado.

Ambos lo sabían al despedirse, y durante el período invertido en el rodeo cósmico, esta certeza fue adquiriendo visos de seguridad. No obstante, fieles a lo pactado, no descompusieron la ficticia actitud serena.

De tal suerte su actuación resultó convincente, que ninguno de sus camaradas llegó a sentir la comezón de la duda. Sólo Fay Shellon, casualmente, hizo una observación que a Powder le obligó a temer reacciones impensadas. Los dos se encontraban en la cámara de mandos, cerca de una lucerna tras la cual desfilaba -en un deslizamiento extrañamente inánime- el Cosmos fabuloso salpicado de coruscantes

cuerpos celestes.

-Seguramente -dijo- el hombre que le atacó a usted tuvo algo que ver con el asesinato de Denon. ¿No cree así, Syd?

-¿Eh? -se sobresaltó, porque la insinuación habíale pillado impróvido-. Sí, sí... También lo creo.

-En tal caso, no debe estar solo en la empresa. Habrá otros. Gentes innobles, puesto que llegan a cometer delitos de sangre. Convendría que estuviésemos prevenidos. Acaso en el «valle»...

-¡Oh, no se torture! -pidió él-. Y, se lo ruego, evite los comentarios. Por mí no han sabido el destino de la expedición. Tampoco por parte de Denon averiguaron nada importante... ya que el hecho de que repitiesen la acción en mi departamento demuestra que su anterior interrogatorio les dejó insatisfechos.

-¿Habló con el profesor en este sentido?

-Sí. Y le aseguro que lo hice sin apelar a lirismos. Deje en paz su preciosa cabecita, Fay -sonrió él, más dueño de sí mismo-. Las inquietudes envejecen prematuramente.

-De todas formas, algún día seré vieja.

-Tal vez no. Nosotros conocemos el lugar exacto del semillero de «flores de vida». ¿Quién nos impide reservar nuestro propio rinconcito para el futuro? ¡Eternamente jóvenes!

-Temo que está bromeando, Syd.

-Desde luego. Bromeo -repuso él, aliviado por el giro de la conversación-. Y bromeo por dos razones poderosas: ¿Le gustaría conocerlas?

-Mucho.

-Primera: Somos demasiado honrados para robar lo que nuestro gobierno ha destinado a otras personas. Segunda: Usted no necesitará nunca «flores de vida». ¡Apuesto mi fortuna a que jamás perderá su belleza y lozanía!

-¿Pero tiene usted fortuna, Syd? -rió ella, contagiada de su repentina euforia.

-Es mejor que no conteste a esa pregunta -fue la jovial respuesta.

En verdad, quizá por el excesivo tacto de que Savery hacía gala, la cuestión se soslayó tantas veces como salió a colación el tema. Transcurridos los primeros «espaciodías» de navegación, precisamente los más propicios al comentario, el grupo relegó al olvido el incidente de que Syd fue dramático protagonista[4].

En cierta ocasión, mientras el dinámico encargado se ocupaba de ultimar unas listas de provisiones que Savery le había pedido, Cabot, el mecánico de la nave, se presentó en el almacén inferior, demandando autorización para informar al profesor de parte del espacionavegante

Lander.

-Hable sin ambages -concedió Savery.

-Pues... -titubeó Cabot, dirigiendo una brevísima mirada a Syd.

-Hable -insistió el astrobotánico-. Powder es de toda confianza, no hace falta que se lo recuerde.

-Perdone. Cumplía órdenes del capitán. Me recomendó de modo especial que le informase a usted solo... Se trata de un punto móvil que apareció por corto tiempo en las cosmopantallas radáricas. La verificación posterior señaló que correspondía a una astronave en vuelo. Velocidad, rumbo y envergadura coincidían con la nuestra propia. Guardó la distancia de crucero durante varios minutos; hasta tal punto, que el capitán comenzó a sospechar... que pudiese estar siguiéndonos. Redujo la impulsión y la nave misteriosa no nos adelantó. Después, sin razón aparente, varió el sentido de girocontrol y se alejó en dirección a Urano. No ha vuelto a repetirse la localización radárica... pero el capitán opina que usted debe conocer lo sucedido... e insistió en que se lo comunicase a solas.

-Bien -afirmó Savery-. Descuide. Ha sido igual que si Powder no estuviese presente. ¿Algo más?

-Al capitán le causó extrañeza el descubrimiento. Como usted sabe, no viajamos por rutas comerciales. El hecho de encontrar otro navío espacial en nuestro camino es a todas luces bastante raro.

-Casualidad -dictaminó el anciano-. Dígaselo así a Lander. Si vuelve a repetirse... tomaremos medidas. Ahora, lo considero prematuro e improcedente.

-A sus órdenes, señor.

Hasta que Cabot hubo abandonado el almacén, ninguno de los dos hombres habló para exponer sus pensamientos. Limitáronse a cruzar miradas de inteligencia con las cuáles, en cierto modo, se participaron sus temores ampliamente. Al fin, caviloso, Savery murmuró:

-Tal vez el rodeo... no sirva de mucho.

-O tal vez nos inquietamos sin motivo -completó Syd.

-Ambas cosas pueden ser lógicas.

-Especialmente, si tenemos en cuenta una tercera.

-¿Cual?

-La que usted puntualizó: Casualidad.

Savery sonrió tenuemente.

-Quizá tenga razón -dijo-. Sigamos con las listas.

-Es lo mejor. En el caso de que alguien nos persiga, habrá ocasiones sobradas para averiguarlo.

El amplísimo círculo descrito en torno a Saturno se prolongó todavía por espacio de algún tiempo. Ninguna novedad digna de mención aconteció en este período y la tranquilidad mantúvose íntegra, sin influencias que la

turbasen en aquel eviterno océano cósmico. Nueve «espaciodías» más tarde, convencidos de que sería inútil extender el ya dilatado radio de acción, Savery pasó la esperada orden a Lander: Rumbo al «valle».

La canción de los giróscopos y el silbido acompasado de los cohetes de estabilización tangencial sonaron a música de ángeles en los oídos de cuantos integraban la expedición. Lander, ayudado por Cabot, Blue y el especialista en tele-electronía Diness, situaron la posición astronómica antes de enfilar proa al recorrido esencial. Después, transcurridas un par de horas, la superveloz espacionave -el gran cigarro de plata- acuchilló el Cosmos con el tajo lumínico de su paso, recto cual saeta de fuego al invisible Phoebe, al satélite de Saturno más alejado del planeta. ¡Directos al «valle» inverosímil!

CAPÍTULO IV
Inmersión con «Claudia»

Phoebe, fúlgido y estéril, se encuentra a unos trece millones de kilómetros de distancia del colosal Saturno. Es su satélite más alejado; algo así como un pequeño mundo muerto puesto en el vacío cósmico por un capricho estúpido.

Su aspecto es asombrosamente desolador. Los ocho satélites restantes -sin contar los millones de lunillas minúsculas que integran sus «anillos»-, pese a la gelidez que los caracteriza, muestran algo superficialmente acogedor.

Japetus, bellísimo y accidentado, posee un diámetro casi igual al de la mitad de la Luna terrestre. La vida en él -supeditada a las imprescindibles condiciones de seguridad- no es infame del todo; y cualquiera que haya viajado o vivido en el espacio, reconocerá en seguida que sus particularidades muestran gran homogeneidad con los de cualquier planetoide del Reino de los Guijarros[5]. En otras palabras, cabe la habitabilidad empleando recursos sintéticos.

Titán, la luna enorme de Saturno y también la mayor de todo el Sistema Solar, posee atmósfera y agua... congelada, por supuesto. Cuenta con más de 4.000 kilómetros de diámetro y en ella se ha establecido una colonia terrícola de notable envergadura. Para muchos, en Titán se vive con la relativa comodidad de un asteroide del tipo Juno, Vesta, Pallas o el talludo Ceres. El Hombre, notabilísimo por su capacidad de adaptación, se ha aclimatado en Titán con la misma prontitud que en los Cuatro Planetas Próximos.

Rhea, cadavérico y de gran selvatiquez, congrega en su suelo -riquísimo mineralógicamente- a una población que excede del octavo de millón. Los negocios más lucrativos en piedras preciosas tienen su sede en Rhea. Se han extraído de sus entrañas diamantes como melones... ¡y de uná pureza fantástica! Se considera a Rhea el satélite más rico del Universo. También se vive allí, siempre pendiente de los termorreguladores; pero se vive. La colonia minera hasta goza de adelantos sin igual en los mundos más allá de Júpiter.

Y la cuenta sería interminable si tuviesen que enumerarse las peculiaridades de sus cinco hermanos restantes que gravitan en el sector saturnal.

Ahora bien, en lo concerniente al arisco Phoebe, fallan todos los pronósticos.

Lejano, irascible, bronco en su irritabilidad climatológica, venía a representar una especie de satélite pesadillesco. A nadie, ni siquiera a los más optimistas, se le podía ocurrir que en Phoebe existiese el semillero

bendito donde germinaban millares de pálidos brotes que, al estallar, daban el fruto codiciado de «las flores de vida».

La novena luna de Saturno, la más fría y desapacible, encerraba en su ánima selvática el prodigio de un milagro natural: La Flor de la Vida. Entre cantiles de hielo galáctico, depresiones siniestras y simas terroríficas por lo insondables, se ocultaba la realidad secreta y maravillosa de sus «valles» subacuáticos.

Y esto, la categoría de subacuáticos, también representaba otra brujería insospechada.

Porque en Phoebe, a diferencia de sus mellizos cósmicos en condición satelital, abundaba el agua. Y no cristalizada en congelaciones extrapétreas. ¡Líquida! Elementalmente constituida.

El descubrimiento fue conseguido por un patrullero del DEI llamado Sandro Warren[6]. El capitán Warren, del Departamento de Exploraciones Interplanetarias, viose obligado a tomar tierra en Phoebe a causa de una avería de su nave de patrulla. Una serie de incidencias, cuya disquisición no viene a cuento ni encaja en la presente aventura, motivaron el conocimiento de los submares hasta entonces ignorados del satélite. En el informe espacial que rindió a su regreso de la misión encomendada, puso una insólita coletilla: «Lagos internos bajo la superficie de Phoebe. Sería recomendable la exploración. Una dura costra de hielo impide su localización visual, por lo que se aconseja el empleo de perforadoras. Phoebe puede ser, desde este momento, un hallazgo, quedando destruido el mito de su malignidad».

He aquí todo.

Por fortuna para el Universo, la discreción y mesura son virtudes inalterables que adornan al DEI: No se hizo propaganda del descubrimiento. Al contrario; guardóse celosamente y, exceptuando un reducido círculo científico, la noticia jamás fue conocida por la Humanidad. En aquel círculo, para contar los orígenes a grandes rasgos, se hallaba el astrobotánico de relevante valía: El profesor Savery.

Formó parte de la misión exploradora. Descendió a los submares de la luna inhóspita. Y recogió muestras de la vegetación acuática que crecía raquíticamente entre los posos amarillentos del lecho oceánico.

En el laboratorio, experimentando con cobayos, nació prácticamente «la flor de la vida». A partir de entonces, siempre con el máximo sigilo, dio principio el fabuloso cometido de Savery y su grupo de colaboradores. Nunca se destruyó el mito infernal que envolvía a Phoebe. Antes bien, y por todos los medios, se procuró agrandarlo. Así se ahuyentaban los posibles valientes capaces de incluirlo en sus proyectos colonizadores. Phoebe, de por siempre, continuó en su calidad de satélite maldito e inhabitable. Y siguió, lejano y solo, perdido en las fronteras silenciosas del

sector saturnal. Abandonado.

Savery, acaso por asociación de ideas, había pensado en cuanto antecede mientras duró la maniobra de toma de superficie.

La destreza habitual, de Lander, combinada con la paciente meticulosidad de Cabot, redundó en un «satelizaje» final tan suave como la caída de una pluma.

La espacionave se posó en un desfiladero bordeado de enhiestos crestones, no lejos de la infinita llanura helada extendida hasta el horizonte neblinoso de nubes amoniacales e hidrogenadas. Aquella llanura -como bien sabían ellos- era «la tapadera» geográfica que cubría el sorprendente mar líquido encerrado en el seno del inmenso espejo helado externo. La gran paradoja -y milagro- del extravagante Phoebe.

Una vez posada la astronave en el lugar elegido, se procedió a la instalación del campamento utilizando los recursos adecuados.

De la mencionada instalación se ocupó Syd Powder, llevándola a cabo con su reconocida habilidad y prontitud. A las pocas horas de alcanzar Phoebe, los expedicionarios disponían de alojamientos abrigados, relativa comodidad y se aplicaban a la tarea de redondear el plan de acción para acometer sin pérdida de tiempo la fantástica recolección. A partir de entonces, cada segundo se consideraba valiosísimo, porque el mantenimiento del grupo representaba un gasto fabuloso y además, la estancia en Phoebe no encerraba para ninguno de ellos la menor fascinación.

Una breve comida a base de aminoácidos hidratados y tabletas de alta concentración proteínica, reparó sus fuerzas y los dejó orgánicamente dispuestos para afrontar la labor.

Blue, el técnico robótico, teledirigió a los dos super-robots de combate y gobernó la máquina de arrastre para trasladar la batisfera hasta las márgenes de la dilatada llanura helada. Savery, Lyman, Fay Shellon y el propio Powder -supliendo la sensible ausencia de Denon- ocuparían la esfera de inmersión hasta llegar a las profundidades del «valle» subacuático para principiar la recolección. Los demás continuarían en superficie, atentos a las posibles peticiones que pudiesen surgir y manteniendo estrecho contacto radiosónico merced a los instrumentos de conexión sintonizados con la receptora multióndica a cargo de Diness, el especialista electrónico.

La teleperforadora astral empleó varias horas trabajando al máximo de potencia hasta taladrar la capa helada de sólido espesor y dejar abierto un boquete capaz para que «Claudia» pudiese ser introducida hasta la masa líquida interna. Logrado el objetivo, los cuatro tripulantes se instalaron en la batisfera y Syd accedió a encargarse de los mandos direccionales para encauzar los movimientos de la subnavegación.

Ante los controles, rodeado de esferas graduadas, resortes y automecanismos de extremada sensibilidad ingeniomecánica, Syd observó el cuadrante de inmersión.

Cuando el agua les lamió por completo y descendieron ciento veinte metros a plomo, estabilizó el rumbo, zumbaron los polimotores nucleares y tomó el rumbo señalado por Savery en la carta marina fragmentada en zonas. Cada zona, por su riqueza, correspondía a campos recolectores o semilleros en flor. Había algunos de ellos cuyos brotes todavía continuaban en agraz desde el anterior espacioviaje. Pero disponían, cuanto menos, de seis zonas fecundas, con plantas en sazón, donde sería fácil obtener el cargamento deseado.

-Esto es maravilloso, ¿verdad? -comentó Fay Shellon, cuyos ojos no se apartaban de las ventanillas de material transparente a través de los cuales, y gracias a la iluminación incolora que difundía la batisfera, podía contemplarse el panorama submarino sin deformaciones corpóreas ni cromáticas.

-Sí -afirmó el profesor-. Y extraordinario. Nadie creería que nos encontramos hundidos en las entrañas de un satélite de Saturno.

-La flora acuática es extraña y subyugante -añadió Fay- ¡Miren! ¿Cómo se llaman esos corpúsculos azulados, profesor?

-Heliozoos -explicó él-, morfológica y fisiológicamente asombrosos para el terrícola. Estos pequeños organismos, aunque la clasificación biológica los incluye entre las plantas, son más bien colonias de células vivas orgánicamente anímicas. Capturan pececillos monstruosos y los devoran para nutrirse con sus proteínas. Plantas carnívoras, podríamos decir dejándonos llevar por un sentido liberal. Observe sus seudópodos. Son extensibles a voluntad y les sirven para atrapar a sus víctimas. Es típico en esta especie de organismos que desarrollen pestañas vibrátiles o cilios. La misión de tales apéndices se compendia en dos funciones básicas. Sirven para impulsarles en el agua, dándoles movilidad, y provocar remolinos destinados a atrapar partículas alimenticias... o futuras víctimas. Nuestros microorganismos terrestres deben ser considerados ángeles al compararlos con los que infestan Phoebe.

-Casi es horrible.

-Lo es, Fay. Horrible por su verdad de siempre. Representa el eterno motivo de la existencia: mata o muere. El fuerte devora al débil. Los heliozoos son un simple gramo de materia viva con patas malignas. También están las amibas, las anémonas, los mixomicetos o micetozoos formando núcleos de comunidad colonial... -rió, divertido-. Pero no se intranquilice, jovencita. Son organismos microscópicos de los que nada hay que temer. Peores, infinitamente, son las hidras satelitales de Phoebe, voraces hasta lo insaciable, dotadas de un sistema nervioso rudimentario e

inextinguibles deseos de causar mal.

-¿Y las Phoboleas?

-Esas se llevan todos los premios de peligrosidad. Como sabe, no se trata de plantas... sino de escualos. Son la auténtica plaga de estas simas líquidas. ¡Dios nos libre de encontrar alguna en los semilleros!

-¿Es posible?

-Desde luego. ¡Tan posible! Y no sería la primera vez. Pregúntele a Syd Powder. Él tiene alguna experiencia con las Phoboleas.

-¿De veras, Syd?

-Matamos una en nuestro primer viaje -afirmó Powder-. Una lucha atroz. Aún la recuerdo y se me eriza la piel.

-No he visto ninguna todavía. Pero he oído hablar de ellas. ¿Cómo son? -miró al anciano astrobotánico-. ¿Usted lo sabe?

-¡Oh! -murmuró Savery-. ¡Claro que lo sé!... Un aborto de la naturaleza. Imagínese un tiburón de la Tierra; pero no un tiburón común... ¡sino del tamaño de un cachalote! ¡O más!

-¿Tan grande?

-Las hay hasta de cincuenta metros. Se engullirían un cetáceo con igual sencillez que usted una aceituna. Las Phoboleas poseen dos bocas grandísimas, distensibles para tragar bocados gigantescos, y dentado con ocho hileras de dientes mucho más duros que los de las pirañas astrales de Vegamidón IV[7]. Su cuerpo es circular y aplanado. Una especie de platillo volante negro, escamoso y prieto. ¡He visto rebotar en su coraza arpones de impacto atómico! Cada una de las bocas está situada en un extremo y, al atacar, gruñe de un modo escalofriante. ¡Ah, no, Fay! Es preferible que nunca viva una experiencia submarina causada por las Phoboleas.

-Lo dice usted de un modo... excitante.

-Porque me sobrecoge el solo pensamiento.

Lyman, callado, también observaba el líquido exterior a través de las ventánulas. «Claudia», siempre dirigida por Syd, cruzaba ahora un sector coralino.

Parecía moverse por entre una legión de fantasmas rojos, llenos de púas blancas. Los corales del espacio no se parecen en nada a los terrestres, marcianos y jupiterianos. Son altos, macizos, venenosísimos al roce.

Algunos brazos arañaban la esfericidad de la máquina, produciendo sonidos arrastrados y rudos. Cuando dejaron atrás el campo coralino, un panorama de soberbia belleza se extendió ante sus ojos.

Tonos amarillos, abarcando toda la calidoscópica gama de este color, resplandecían por doquier. Las corrientes marinas acamaban dulcemente largos tallos floridos, donde pendían semillas abiertas, hermosas, de un tamaño generosísimo.

Se adentraban por el semillero en sazón de «flores de vida» y Syd

empezó a decelerar con pausadas pulsaciones. Un frenaje brusco habría originado remolinos y -lo que era peor- atraído a los moradores del océano. Librarse de probables ataques constituía la primordial preocupación de los expedicionarios... Iban preparados para hacer frente a cualquier tipo de eventualidad, por supuesto; mas su misión específica consistía en cosechar frutos rejuvenecedores, no en enzarzarse en batallas apocalípticas. Y la fauna marina de Phoebe -la agresiva, se entiende- merecía por derecho propio ser considerada de apocalipsis trágico.

Las Phoboleas, los acorazados Crustícalos -especie de cangrejos enormes- y las superhidras satelitales, representaban un serio riesgo con el que mejor era no tropezarse.

«Claudia», dócil a la mano directriz, hizo emerger los elementos tripoidales retráctiles de que estaba dotada y se posó sin cabeceos en el lecho pastoso, de un amarillo sucio, que alfombraba el campo. Syd cortó el encendido energético y se echó atrás en el asiento, recostando la espalda en él.

-Fin de trayecto -anunció.

-Creo que ha escogido usted el mejor sitio, muchacho -alabó Savery-. Estamos circundados de plantas. ¡Cómo resplandecen los frutos!

-Gracias por la inmerecida lisonja, profesor. Usted fue el proyectista de las marecartas. Yo me he limitado a seguirlas.

-Vamos a vestirnos los equipos de buceo. Usted también, Syd. Ya sabe que ha de acompañarnos.

-No respondo de los resultados. Mi especialidad no es la floricultura subacuática.

-Yo le enseñaré a cortar las semillas -ofreció Fay-. Es sencillo. Sólo requiere un poco de cuidado para no podar el tallo y causar la involuntaria castración. Una planta castrada, no volverá a germinar jamás. Habiendo tan pocas, y teniendo en cuenta lo dificultoso del viaje hasta Saturno, es imperdonable estropear las «flores». Pero tenga confianza en sí mismo.

-Con sus consejos no creo que contribuya a darle ánimos -ironizó Lyman.

-Cierto -repuso Syd, aceptando la broma-. Casi me siento culpable.

-Es verdad. Quizá he exagerado. Perdone, y no se deje abrumar por el sentido de la responsabilidad.

-De todas formas -comentó Savery, mientras extraía de sus estuches plómicos los equipos-, con una profesora como Fay no cometerá errores. ¡Ah, si yo la hubiese conocido... hace unos cuantos años!

-¿Qué habría sucedido, profesor?

-Seguro que no estaría metido en esta aventura.

-Vaya -celebró Lyman-. Eso huele a velada declaración de amor.

-Ojalá. Ya no valgo para esos trotes, amigos. Además... ¿creen que

puedo competir con ciertos rivales?

Al desgranar la alegre pregunta miró a Syd Powder con palmaria intención. El joven carraspeó y nada dijo. Fay Shellon, levemente ruborizada, se hizo la desentendida.

-Lo que no comprendo -gruñó Lyman- es la timidez de ciertas personas. Yo creo que cuando a un hombre le gusta una mujer... debe decírselo. ¿Por qué perder el tiempo en divagaciones?

-Convendría que llevase algún protofusil, ¿no? -preguntó Syd, deseando desviar el tema.

-Buena idea -cloqueó Lyman--. Ninguna muchacha se atrevería a darle calabazas...

-¡Señor Lyman! -exclamó Fay, sofocada-. No entiendo su juego de palabras.

-A Syd Powder, por el contrario, le ha hecho gracia. Mire cómo se ríe.

Syd, completamente serio ante el jolgorio de Lyman y el profesor Savery, volvió a carraspear.

Lo mismo él que Fay, se aplicaron a la tarea de embutirse en los trajes de inmersión, evitando comentarios.

Para nadie era un secreto en el grupo científico que encabezaba Savery el hecho de que Powder se sintiese atraído por la encantadora Fay. En realidad, muy pocos hombres hubiesen sentido indiferencia ante una muchacha tan bonita e inteligente como ella. Pero -aunque resultase inconcebible en un sujeto tan intrépido como él- Syd evidenciaba una indecisión excesiva por declararle sus sentimientos.

Los dos jóvenes terminaron de vestirse en pocos minutos, y aún ayudaron al rezagado Savery, que luchaba enconadamente para acoplarse el intrincado sistema respirador. Ya dispuestos, completa la dotación de utensilios requeridos para cortar las «flores de vida», Syd, eligió un protofusil de carga seca. El poder perforante de los proyectiles había sido comprobado con crustícalos -la especie mejor acorazada del satélite- y ofrecía garantías de seguridad, siempre y cuando el tirador actuase con la serena eficacia precisa para acertar los puntos vulnerables de tales monstruos marinos.

Pasaron a la cámara neumática de presiones. Un sistema de compuertas niveladas actuaba de gravitador para ir acostumbrando a los terrícolas al ambiente externo y evitarles trastornos orgánicos una vez fuera de la batisfera. Cumplidos los requisitos de aclimatación, se introdujeron en el tubo expulsor y, uno tras otro, fueron arrojados al exterior con leve gorgoteo líquido y estela de burbujas.

Un cuadro de singular exotismo los rodeaba.

La verdiazul masa de agua creaba sombras, móviles en derredor. Ante ellos -iluminada por los haces que proyectaban las «submarolámparas» que

sobresalían del frontal de las escafandras- se esparcía el amarillo versitonado del semillero. Detrás, erguida arriba de las patas de sustentación, «Claudia» fosforecía como un extraño pez en la misma extrañeza ambiental del raro decorado circundante.

Emprendieron la marcha hacia los macizos.

Las pesadas botas se hundían en un cieno pálido, adherente, que revoloteaba en jirones corpusculistas a su paso. Pese a la regulación térmica, sentían en la piel la frialdad extrapolar del agua. Había algo característico en aquellas misiones interplanetarias: el silencio inconmensurable de las profundidades y la sensación patente -siempre vivida- de su insignificancia humana en contraste con la desorbitada grandiosidad de la Naturaleza.

Por fuerza -ello lo experimentaban a diario los astronautas- debía admitirse la grandeza omnímoda de Dios. Sólo Él, todopoderoso, podía haber creado los mundos, los espacios y el tiempo. Pero también creó al Hombre. Y el Hombre, por ser hecho a su imagen y semejanza, se afanaba desde la más remota antigüedad en ser el domeñador de todos los todos.

Como obedeciendo a un plan preconcebido, Fay colocóse al lado de Syd Powder. Los dos se miraron... y dibujóse una tenue sonrisa, quizá de complicidad, en ambas bocas.

Savery y Lyman caminaban distanciados. El profesor manipuló en el sistema electrónico de comunicación. Arriba, en el campamento, Diness captó la llamada y contestó a ella:

-Diness a la escucha -dijo-. Cambio.

-Hola, muchacho -respondió la voz del científico-. Hemos salido de la lata de sardinas y avanzamos por un hermoso jardín. ¿Cómo va la vida por ahí arriba? Cambio.

-Sin novedad, señor. Cambio.

-Bueno. ¿Algo especial de última hora? Cambio.

-Nada. Todos les deseamos suerte. Cambio.

-Gracias. Cierro.

Reconfortaba saber que no estaban solos en aquel infierno líquido y tremendamente silencioso. Aunque los separaba la barrera del mar interno y la capa poderosa de la costra helada, una breve orden utilizando la electrocomunicación pondría en pie de alarma a los amigos que aguardaban. Naturalmente, siempre era preferible la falta de incidencias, ya que por aprisa que acudiesen en su auxilio nunca sería demasiado pronto en el supuesto de que un peligro imprevisto los amenazase.

Casi en el centro del semillero, se detuvieron.

Los brotes amarillos -las estallantes «flores de vida»- se abrían invitadoramente pregonando su hermosura sin restricciones. ¡Qué maravilla de vitalidad y pujanza! ¡Cuán bellas en plena floración! Los «capullos» -

brotes en estado embrionario- aparecían recubiertos por membranas de un amarillo pálido. Las «flores» maduras, en cambio, poseían un tono fuerte y vivísimo.

Había miles de tallos junto a ellos. Una selva subacuática y por cuya posesión se cometían villanías nefastas... y hasta crímenes. Denon y el violento Walter, defendiendo ideales yuxtapuestos, alcanzaron la muerte. ¿Serían los últimos?

Syd Powder pensaba en ello cuando una leve presión en el antebrazo le obligó a volver a la realidad. Era Fay, que acababa de llamar su atención con el discreto aviso. Syd elevó la mirada en los turbadores ojos de la muchacha. Ella, por señas, diole a entender que conectase el dispositivo de onda ultracorta acoplado a la escafandra para lograr entenderse en las simas.

-Perdone, Fay -se disculpó él-. Estaba distraído.

-Ya lo advertí... y le aconsejo que no se deje ganar por el poderoso paisaje. Usted es el único que va armado.

Notaba la voz clara y melodiosa junto a su oído con tal limpieza que, olvidando la procedencia microfónica, casi podía sentir la calidez de su aliento perfumado.

-Procuraré no reincidir -dijo-. Es curioso, Fay...

-¿El qué?

-Lo que nos ocurre a nosotros dos. Siempre estamos juntos y, tal vez por esta asiduidad... usted me ha de llamar al orden por cualquier causa. ¿No extrema su severidad conmigo?

-Por Dios, Syd. ¡Eso son figuraciones suyas!

-Cualquiera se atreve a rozar... temas sentimentales en su presencia. Sin embargo, hace bien en no olvidar que llevo el protofusil. Lyman aseguró que ninguna muchacha se atrevería a darme calabazas...

-No haga mucho caso de sus palabras. Goza divirtiéndose a costa de los demás.

-Pero a veces, burla burlando, acierta con el quid de Ja cuestión.

-No sé...

-Creo que voy a decirle algo... cuando salgamos de esta bañera.

-Le escucharé con gusto... entonces. Ahora conviene empezar el trabajo. Fíjese. Lyman y el profesor ya han comenzado a recolectar «flores». Nos van a dejar en ridículo.

--Conforme, profesora. Dígame en qué consiste la cosa.

-Es sencillo. Obsérveme -esgrimió las tenacillas y abrió la boca de la bolsa que colgaba de su hombro izquierdo, donde iría depositando las semillas-. Elija siempre los brotes más maduros. Advertirá la madurez por el color amarillo. Éste, por ejemplo... ¿Ve? Amarillo intenso, pétalos abiertos, un nudo central poroso... ¿Entendido?

-Hasta ahora no me había dado cuenta de que sus pestañas son enormes, Fay. ¡Debo estar ciego!

-¡Syd! No es momento oportuno para...

-Bien, bien -atajó él-. Adelante con la explicación.

-Temo que no ha oído ni una palabra.

-Se equivoca. Amarillo, pétalos, nudo central... ¡Todo comprendido!

-¿Seguro?

-Segurísimo. Póngame a prueba.

-Todavía no. Atienda... y fíjese. La «flor» debe cogerse por la parte inferior, retorciendo la rama ligeramente. Entonces -dio valor práctico a sus enseñanzas operando con las tenacillas- se corta el epitelio exterior, dejando libres las semillas. El nudo central, o saquito, contiene alrededor de media docena... Haga dos incisiones laterales... ¡Así!

-Casi una operación de cirugía.

-Las semillas caerán en la palma de su mano... Suelte ahora el tallo, permitiendo que recobre su posición natural. Deje las semillas en la bolsa y... ¡a por otras!

-Desde luego, nunca vi unas pestañas de su tamaño.

-¡Syd!

-¡Oh, por favor! Es usted intransigente y no me deja pasar ni una sílaba.

-Este trabajo es muy serio. La planta ha de quedar en condiciones de seguir floreciendo. ¡No la haga estéril! ¿Puedo confiar en usted?

-De cabeza a pies.

-Bueno... Por si las moscas, repetiremos otra vez la operación. No pierda detalle.

-Eso es lo que hago.

-¡De la recolección!

-Claro. ¿Es que ha supuesto otra cosa?

Aquella fue una de las jornadas más deliciosas que Syd recordaba haber vivido nunca.

Al lado de Fay, contemplándola y trabajando con el afán de quedar dignamente ante ella, el tiempo transcurría sin sentir. La frialdad, el silencio y la exotiquez del mundo líquido que les comprimía habían dejado de contar para él.

Sólo veía a la joven -sirena hermosa y cautivadora- pese a todos sus esfuerzos de concentrarse en el cometido. Por fortuna, la operación no requería especial habilidad y, poniendo cuidado, la recolección efectuábase sin dañar las valiosísimas plantas.

Al fin, la timidez proverbial parecía haberle abandonado y se sentía otro hombre... infundido de un valor a prueba de muchachas severas. ¡Seguro que le diría unas cuantas cosas al aflorar a la superficie!

Las grandes desgracias, los dramas, acontecen siempre en el momento

más inesperado y lamentable. Acaso por eso son dramas.

El drama que el azar les tenía reservado se estaba incubando desde algún tiempo antes, a pesar de que nadie habíalo advertido. Lyman y el profesor terminaron de cosechar «flores de vida» bastante antes que la pareja de jóvenes. Fue Lyman el encargado de regresar a la batisfera para vaciar las repletas bolsas, mientras el astrobotánico esperaba su vuelta. «Claudia», rutilante, dejaba escapar halos de luz por las ventánulas. Poseía el aspecto de un díptero grotesco, abombado de cuerpo y canijo de extremidades, depositado en la profundidad marina por cómica casualidad.

Antes de llegar a la batisfera, faltando unos diez metros, Lyman vio la sombra, el manchón huidizo y borroso, de un cuerpo amoratado. ¡Algo se movía al otro lado de «Claudia»!

No supo, en principio, a qué correspondía la imagen. No descifró el enigma. Era una sombra ancha y negra. He aquí lo concreto, la sensación impresionista.

De pronto, emergiendo con veloz empuje natatorio, un círculo enorme -abierto por doble sonrisa siniestra en sus extremos- se materializó junto a él. «Claudia», inmóvil, parecía desorbitar horrorizada sus ventanas transparentes. Y entonces, espantado, Lyman gritó con todas sus fuerzas una sola palabra:

-¡Phobolea!

Su grito penetró en los tímpanos y llenó de escalofríos los cerebros. Savery, aterrado, miró en aquella dirección. Fay y Syd Powder, desorientados por el sobresalto, miraron también. La diestra ágil de Syd agarró el protofusil apoyado en unos tallos próximos.

Pero al hacerlo -¡terrible evidencia!-, tuvo la certeza de que iba a actuar con desesperante retraso.

¡El peligro se batía vertiginosamente sobre el petrificado Lyman!

CAPÍTULO V
Phobolea

El monstruo devorador surcó las aguas quietas con la arrolladora impetuosidad de un meteoro llegado del espacio.

Una estela agitada y revuelta, borracha de remolinos, quedaba atrás. El goliatesco platillo marino, rugiendo desaforadamente, se arrojó sobre Lyman abiertas las fauces de su pavorosa boca delantera; y el recolector, completamente estancado en el sitio, emitió un aullido infrahumano con el que expresaba todo su inconmensurable pánico.

El horizonte extendido ante los presentes quedó oscurecido por la sobrecogedora masa negra, tal vez más dramática en contraste con el infinito decorado amarillo de las plantas del «valle». Syd acababa de empuñar el fusil y accionó el contacto eléctrico de un zarpazo frenético. De todos sus camaradas era, sin lugar a dudas, el único que conservaba atisbos de serenidad, posiblemente por ser ésta la segunda vez en su vida que se enfrentaba con las Phoboleas del satélite.

-¡Dios Santo! -exclamó la entelerida Fay, echándose atrás instintivamente.

Algo así como una montaña animada de movimiento chocó contra Lyman, y el poderosísimo impacto transportó al terrícola en un revoloteo increíble dentro de las aguas hasta entonces inmóviles. Parecía un pelele. Una brizna insignificante bailoteando sin rumbo en el interior de una piscina infernal. Abierto de brazos y piernas, desemblantado el rostro, flotaba suavemente hacia arriba mientras a su lado se mecían tallos arrancados de cuajo por el devastador paso de la Phobolea.

-¡Nade en otra dirección! -gritó Syd, echándose la culata al hombro y apuntando a través de la volcánica marea ocasionada.

Ssss... ¡Pangggg!...

El primer disparo protónico -demasiado bajo por cierto- causó una conmoción sónica en la región subacuática del semillero.

Marcó una raya blanquísima, humeante, que traspasó las aguas sin la menor obstrucción. La Phobolea, irritada, describió un giro vertiginoso y enfiló hacia Lyman, cuyos braceos resultaban impotentes para alejarle del remolino circunfuso.

Las fortísimas ondas habían llegado hasta el lugar que ocupaban los expedicionarios, Syd tuvo que apoyarse firmemente sobre los pies para no ser derribado. Fay, sin embargo, fue arrastrada varios metros y quedó tendida debajo de unas plantas abiertas en espléndida floración. También el profesor Savery, que recibió el golpetazo por la espalda, cayó de bruces. En el lecho pastoso, cubierto de fango amarillo hasta los hombros, siguió su excitada retransmisión.

-¡Una Phobolea! -agregó-. ¿Lo ha entendido, Diness? ¡Esto es espantoso y si no nos envían pronto ayuda nos destrozará sin remisión! ¡Dígale a Blue que se apresure para salvarnos!

Blue pondría en acción a los super-robots, los cuales descenderían al fondo para medirse con el escualo gigante. Pero Syd estaba seguro de que por pronto que los lanzase al submar ya no existiría remedio. ¡Debían solventar la crítica situación por sus propios medios! ¡Y sin demoras! La solución se llamaba protofusil... ¡y de la puntería y arrojo con que lo utilizase dependería todo!

El voraz escualo era de los mayores que vio jamás. Acaso alcanzaría las treinta toneladas. Un compacto bloque circular hecho de carne durísima y cartílagos resistentes. El tamaño, que podía representar un factor adverso si el tirador apuntaba con eficacia, se veía compensado por la fulgurante rapidez de movimientos, realmente inconcebible en una especie de volumen.

Estas consideraciones y razonamientos fueron llevados a cabo mentalmente en fracciones de segundo. Les consumía la fiebre y el horror. Lyman, impotente, chillaba sin cesar. Cuando Syd volvió a disparar, el monstruo había surcado las aguas a ocho o diez metros de distancia, por lo que la onda marina le hizo tambalearse y el tiro pasó rozando el lomo negro... ¡sin herirlo!

Syd empezó a exasperarse. Comprendía que sobraba la prudencia en un caso así; porque la vida de Lyman, y las restantes, se hallaba en juego. Recobrando el perdido equilibrio, tomó impulso con los pies y dispúsose a bucear para dar la cara a la Phobolea asesina. La despavorida Fay le aferró por un brazo.

-¡No vaya! -suplicó estremecida-. ¡Espere a que recibamos ayuda del exterior!

-Cuando la ayuda llegue... ¡Lyman habrá sido devorado! Fíjese en la Phobolea. Ha descrito un giro amplio... ¡y ahora ataca otra vez! ¡Va a engullir su bocado!

-¡Es imposible vencer a un bicho semejante!

-No pretendo vencerla... ¡sino dejarla ciega! El dolor la obligará a alejarse de aquí. ¡Ocúltese! Usted y el profesor no intervengan... ¡pase lo que pase!

-¡Syd!

-Obedezca. ¡Ya viene!

-Syd... ¡Dios mío! ¡Protégenos!

La Phobolea, en efecto, volvía a la carga. Sus bramidos indescriptibles, el aspecto chato y el par de bocas dentadas abiertas atrozmente, imponían una nota dramática capaz de acobardar al más templado. No obstante, el frenesí de la lucha habíase adueñado de Syd y sólo veía, en lugar del

peligro crudo, al enemigo destructor que convenía eliminar a toda costa.

Moviendo sus piernas rítmicamente, en un pedaleo que le acercaba al caos, buceó sin descanso. Apretó el gatillo y otra raya blanca, dibujando un trazado rectilíneo en las profundidades, salió en busca del escualo. Esta vez -¡gracias a Dios!- la descarga protónica alcanzó a hincarse junto a las comisuras de su segunda boca... ¡y los tres pares de ojos fosforescentes se contrajeron de dolor! ¡Herida!

El tiro, empero, sirvió para enfurecerla aún más.

Volteó el corpachón aplanado, bramó horrísonamente y ascendió veinte metros de un vigoroso parpadeo de las aletas. Lyman, moviéndose con la grotesca torpeza del desespero, estaba... ¡al final de aquellos veinte metros!

Casi sin medirlo, llevada por su impulso dolorido, la Phobolea encontróse con unas botas diminutas agitándose ante su conjunto ocular séxtuple. Abrió la boca delantera. Los puñales diamantinos de sus dientes centellearon. ¡Iba a tragar!

--¡No! -gritó Fay al borde del paroxismo.

Lyman, revolviéndose, pugnaba por distanciarse de la boca abierta al máximo, donde cobraban todo su descomunal valor las ocho hileras de afiladísimos dientes. Los maxilares crujían al forzar la abertura. Lo partiría en dos del primer mordisco... ¡reduciéndolo a pulpa apenas masticar un instante!

No quería morir. Le escalofriaba la idea de sucumbir ante las fauces del averno que le perseguían. Syd Powder, braceando, luchaba por estabilizar su equilibrio entre las nubes de burbujas y fieras corrientes causadas por la estela del monstruo. ¡La situación era irremediable de todo punto! Disparó a ciegas, en mala posición, y sus tiros, sólo sirvieron para encolerizar aún más a la Phobolea!

De pronto, impulsándose suavemente con las aletas dorsales, ganó los pocos metros que Lyman logró sacarle merced a un esfuerzo sobrehumano y así, sencillamente... ¡lo engulló de pies a cabeza! ¡Todo él quedó dentro de la boca! ¡Encerrado allí!

Syd presenció la catastrófica desgracia con claridad meridiana. El corazón dejó de latir y la sangre pareció helarse en sus venas. ¡Lyman absorbido y triturado sin piedad! Lo imaginó, con los ojos de la mente, deshecho y todavía palpitante, convertido en un revoltijo de huesos, músculos y órganos. Un escalofrío violentísimo le sacudió hasta la última fibra de su ser. Sintió náuseas y deseos de vomitar al captar los acompasados movimientos de aquellas fauces inenarrables. ¡Masticaba su festín humano!

La voz aguda y empavorecida de Savery taladraba su cerebro, repitiendo ásperamente:

-¡Diness! ¿Por qué no contesta? ¡Nos va a devorar a todos! Diness,

maldito... ¡Reniego de toda su estirpe! ¿Es que no se da cuenta de nuestra situación? ¡Hemos sido atacados por una Phobolea!

Y nadie respondía a la imperativa llamada. Nadie.

Extraño. Inexplicable... ¿Por qué aquel silencio? ¿Qué ocurría en la astronave? ¿Dónde...? ¡Al diablo todo! ¡Tenían que luchar ellos solos, procurarse la salvación por sus propios medios!

Esto era tan patente, tan enloquecedoramente ineludible, que Syd hizo de tripas corazón para vencer la momentánea debilidad que le apabullaba. ¡Adelante! ¡Animo, muchacho... y a la pelea!

Su propia voz le fustigó con rudeza impía. No valían artificiosidades ni circunloquios. ¡Lucha a muerte de un hombre contra una bestia inmensa!

Exacerbado, ebrio de su propia exhortación, sintió que su ánimo se enriscaba y multiplicábase en ansias eversivas. Gritó algo acre por los conductos de radiocomunicación. Algo que tal vez no fue escuchado o resultó ininteligible, porque su voz era un silbido fricativo sin matices sónicos. La posición adoptada constituía la única viable. ¡Pelear!

El estremecimiento líquido de las aguas, igual que una caricia vibrátil, lamió su cuerpo. Buscó con la vista. ¡La Phobolea revolvíase cerca de él! Unos jirones oscuros, como de tinta de calamar, diluíanse en la masa blanda del mar profundo. Era sangre. «Su» sangre. Negra sangre de Phobolea que manaba de la herida producida por el disparo anterior. El escualo giraba en redondo, batiendo por última vez las mandíbulas, deglutiendo con fruición los restos orgánicos de un hombre. ¡Un hombre, Señor!

Sintióse fosilizado. Nadie podía adminicularle consuelo. Estaba solo. Él y su protofusil contra el déspota carnicero de los océanos internos de Phoebe. Sabíase, como nunca, eximinado y conflátil. Las consecuencias de su pequeñez minúscula se aglomeraban en el ánimo. ¡Pero no cejaría! ¡No retrocedería cobardemente ni prestaría oídos a las corduras!

Un camarada -un entrañable hermano de raza- había sido destruido en pocos segundos. ¡Bien! Allí estaba otro, ocupando la brecha, para dejar constancia de la envirotada heroicidad de semejante raza egregia. ¡A la muerte con una sonrisa, Syd!

Y fue a la muerte, impetuoso, porque en busca de tan macabro fin equivalía lanzarse contra el gigante marino.

El protofusil disparó con enérgico trallazo. La raya blanca se estrelló en la panza de la Phobolea, deshaciéndose en explosiones de humo. ¡Más sangre negra enturbiando el agua! Un bramido pavoroso, ensordecedor, precedió al bestial encabritamiento del superescualo. Las profundidades parecieron ser agitadas por la furia de una tromba, y la crispación de las ondas empujó a Syd hacia atrás. ¡Resultó providencial aquel embate poderoso! La Phobolea, ciega de dolor y cólera, cruzó por su lado

arrastrándole durante un tiempo que Syd juzgó inacabable.

Se rehízo. Jadeaba por el esfuerzo y notaba la palpitación sanguínea en las sienes. ¡Ya volvía el engendro maldito! Poco duró el respiro, en verdad.

Oía, sin entender, la chillona voz de Fay que le suplicaba algo lastimeramente. También el profesor Savery, acurrucado en la niebla amarilla de los posos abismales, le pedía con calor que desistiera del intento suicida. Pero él no prestó oídos a nadie. ¡La Phobolea llegaba, resoplando y agitando las aletas impulsoras como una máquina endemoniada y formidable!

Cuando se echó el protofusil a la cara, manteniéndose impertérrito en la trayectoria del coloso, descubrió el deseado y mortal blanco. ¡El brillo de los tres pares de ojos fue para él como un acicate poderoso!

No lo pensó demasiado. En realidad, carecía de tiempo para extenderse en reflexiones. Parado en medio del camino de la Phobolea, que iba a recorrer con la velocidad de una astronave, sólo le quedaban dos alternativas: disparar o ser arrollado ineludiblemente. Las aguas entintadas de oscuro morado se abrían atropelladamente al paso de la bestia, a cuya cola quedaba un surco arremolinado y burbujeante. Syd agitó las piernas, manteniéndose en flotación casi horizontal, y entonces, fijo el punto de mira en el brillante sistema ocular... ¡apretó el disparador con toda su alma!

Ssss... ¡Krrrppggg!...

La descarga protónica pareció surgir de una boca infernal. El grueso fusilazo blanco hizo impacto espectacular en medio de las seis pupilas turbias de insana adefagia... ¡que se desintegraron entre salpicaduras combustas! ¡Tocado! Ahora la Phobolea... ¡estaba ciega!

-Syd... cariño -balbuceó Fay Shellon impulsivamente.

-Por Dios -masculló Savery-.¡Es usted maravilloso, Powder!

El rugido del escualo alcanzó dimensiones extrasónicas. El dolor que le atenazó al sentir abrasados sus órganos visuales debió ser irresistible de todo punto. Se revolvió. Giró en redondo sin dejar de bramar, borracha de lacerante locura. Syd, braceando, descendía a toda prisa hacia la iluminada «Claudia», anheloso de hallar cobijo antes de que el azar diverso le colocase ante las fauces abiertas, descomunales, del ciclópeo enemigo. ¡Había vencido! ¡La Phobolea estaba fuera de combate! ¡Eliminada!

Nunca había pasado por un sentimiento tan intenso de poder y gozo. Era algo desmedido. Quizá más, por yuxtaposición con sus impresiones de poco antes, cuando Lyman fue tragado en un santiamén.

Las aguas poseían categoría de volcán líquido, tal punto alcanzaba su grado de agitación. Se hubiese dicho que nadaba bajo el nivel de una cascada terrorífica en vez de hacerlo dentro del mar plácido del satélite. Siempre replegándose, sin dejar de accionar diestramente brazos y piernas, volvióse a mirar a su espalda. Lo que vio bastó para devolverle la

tranquilidad y colmarle de dicha. La Phobolea, el terrible y mastodóntico rey marino... ¡huía en franca desbandada, atropelladamente!

Quizá iba a morir, angustiada, en su cementerio típico, allí donde los terrícolas hallaron osamentas de pirámides cuando las primeras expediciones. En aquel lugar se desangraría e iría agonizando en lenta consumición. Pero ello no importaba a Syd. Lo único interesante, y casi deidificado para él, consistía en el hecho de que la bestia se alejaba.

Sólo componía un negro puntito plano, en forma de disco, cuyos taladrantes bramidos íbanse amordazando por la distancia. ¡Libres! ¡Libres al fin! El hombre -¡otra vez!- demostró con rotundidad su hegemonía palpable e incontrovertible. ¡Volvía a ganar, por derecho propio, todos los escaños de su mundo y del universo infinito!

Suavemente, con dulzura, Syd fue cayendo por el peso del cuerpo al fondo florido del mar.

De nuevo el semillero extendido ante sus ojos. Flores, brotes, vegetación exuberante y rica. El pensamiento de Lyman empañaba un tanto la euforia mágica. Pero ello no bastaba para entristecerle.

Al llegar abajo, posando los pies en el lecho removido, vio a Fay, transida en furibunda mezcla de alegría y terror, que corría hacia él. También Savery, lagrimeantes de emoción los ojillos de viejo, se aproximaba a grandes trancos.

-¡Syd! -exclamó la joven-. ¡Oh, Syd, qué espanto!

-Olvídelo -pidió él-. Por su propio bien. Esto no ocurre todos los días.

-No podré... ¡No podré jamás! Ha sido la experiencia más arrolladora de mi vida. ¡Aún tiemblo al recordarlo! -le miró con veneración, trasluciendo la mirada llamitas de tierno afecto-. ¡Syd! -repitió.

-Cuando una mujer repite con tanta insistencia el nombre de un varón... -empezó Savery-. Bien. Creo que algo no funciona bien en su corazón. Es sintomático.

-¿Buena señal? -preguntó, haciéndose el ignorante, Powder.

-Optima. ¿Me equivoco, Fay?

-¡He pasado tantísimo miedo! No sé qué habría sucedido si en lugar del señor Lyman... hubiese sido usted el devorado... ¡Oh, qué repugnantes son esos peces carnívoros! Perdónenme... yo estoy todavía... bajo la fuerte impresión.

-Lo comprendo -asintió Syd, colgando el protofusil del hombro y alargando los brazos para acogerla a ella.

Fay se dejó rodear en silencio y hubo en su ademán sumiso una pincelada de renunciación, de entrega, que encantó al hombre e hizo sonreír de nuevo al profesor.

-Vayamos a la batisfera. Temo que la recolección habrá terminado por hoy, ¿no es así, señor?

-Desde luego. No están los ánimos para tareas, muchacho. Aparte... hemos recogido las suficientes semillas en esta primera jornada. Mañana iremos a otro «valle»... Imagino las caras de horror con que nos recibirán nuestros camaradas al emerger a la superf... ¡Diablos! -barbotó de súbito-. ¡Ahora que caigo! ¿Por qué no contestó nadie a mis apremiantes llamadas de socorro? ¡Es inconcebible!

-¡Tiene razón! -convino Fay-. Gritamos hasta desgañitarnos y, sin embargo... ¡ni un suspiro en respuesta! ¿No es esto raro y alarmante?

-Terriblemente -dijo Syd-. No he tenido tiempo de pensar en ello... pero me sobrecoge una duda inexorable. ¿Y usted, profesor? ¿Qué opina del silencio de Diness?

El viejo recogía del suelo las bolsas que Lyman dejó caer al ser atacado por la Phobolea. Las mantuvo colgando de la mano, lacias, antes de musitar:

-No es posible... que hayan sufrido avería... -meditó despacio-. No. Rechazado. El electrocontacto permanece... Nosotros «podríamos» comunicar sin dificultad... Nada disculpa la actitud cobarde de los que aguardan arriba... ¡Porque captaron la onda de llamada! Por otra parte... ¿es lógico suponerlos acobardados? ¿Qué los indujo a cerrar el «canal» de audición? Sencillamente, se han negado a responder. ¿Por qué?

-No lo sé -arguyó Fay.

-Por supuesto que no son cobardes -agregó Syd-. Conozco a Diness, a Lander y a Cabot desde hace años. Y respecto a Blue... ¡Algo les ha ocurrido también a ellos, señor! Su mutismo es simplemente incongruente. ¡Me preocupa!

Habían llegado ante la esfericidad de «Claudia», sostenida en alto por los elementos tripoidales retráctiles. El mar volvía a recobrar la calma, y sólo leves ondas perezosas mecían los tallos de atractivas tonalidades amarillas.

Pececillos de cabeza deforme y escamado parcial nadaban en tímidas bandadas, plateando con sus cuerpos menudos el paisaje subacuático de confulgente belleza. No quedaba ni rastro de la Phobolea, excepción hecha del tinte oscuro -diluyéndose cazurramente- que aún permanecía en las zonas altas. Acaso poseían motivos sobrados para sentirse felices tras la superación del peligro mortal a que viéronse sometidos. Pero... ¿no existían razones anómalas para sospechar que otro tipo de peligro los volvía a amenazar con solapada insidia?

-También a mí -reconoció Savery al fin-. Preocupación e inquietud toman cuerpo con rapidez. Syd...

-Diga.

-¿Qué clase de peligro puede ser ahora?

-Lo ignoro. No tengo ni la más remota idea. Pero sé que hemos

escapado de la sartén... «para caer en el fuego».

-¿Lo sabe?

-No suelen engañarme los presentimientos. Y éste es de los más definidos.

-Aquí hay que aportar algo más que presentimientos.

-De acuerdo. Pero ello es imposible por el momento, profesor. Tendremos pruebas fehacientes en qué basar la certidumbre dentro de poco. Telecomunicaremos con la espacionave por el radiocontrol de «Claudia»... ¡y Dios quiera que mi presentimiento sea erróneo!

-Lo dice usted de un modo tan contundente, que casi estoy por creerle, Syd.

Powder, en verdad, puso marcado énfasis en sus palabras. Ahora, fue la nerviosa Fay Shellon quien habló. El hombre, que ceñía sus hombros mórbidos con el brazo musculoso y vencedor en actitud protectora, forzó una sonrisa de circunstancias, acaso pretendiendo suavizar la crudeza de su aseveración.

-No pierda la fe -rogó-. Sea lo que fuere «aquello» que nos aguarde, siempre estaremos dispuestos a afrontar la realidad por el camino adecuado. Vayamos adentro. Teleconectar con los amigos del exterior es el único medio de despejar la incógnita. Y me está pareciendo que se nos ha de presentar más de una.

«Claudia», voluminosa ante ellos en razón de su tangible proximidad, se les ofrecía como un amparo cariñosamente familiar.

El profesor Savery, sin pronunciar palabra, presionó el resorte exterior que accionaría la compuerta para permitirles el acceso al primer compartimento neumático de descompresión.

Fay entró delante y el anciano, antes de imitarla, cruzó una veloz mirada con Syd, que resultaba todo un estudio temperamental.

-¿Piensa usted lo mismo que yo, Powder? -musitó, luego.

-Quizá sí.

-No logro apartar del recuerdo la nave misteriosa que detectaron las cosmopantallas radáricas de Lander.

-Ni yo. Usted habló antes de detalles sintomáticos al referirse a Fay. Creo que todavía es más sintomático que ambos sospechemos lo mismo.

-Y funesto -completó Savery al tiempo que bajaba la palanca para cerrar herméticamente el paredón de la compuerta.

Aunque no lo sabían, comenzaba una nueva etapa de vértigos y emociones para jalonar dramáticamente la expedición recolectora al menor y retrógrado satélite de Saturno.

CAPÍTULO VI
Plan de urgencia

Los tres camaradas, ganados totalmente por la impaciencia, esperaban el resultado de su tercera llamada a través del telecontrol conectado con los equipos de Diness.

Sentados en abierto círculo ante la pantalla, aguardaban el resultado de la insistente señal que, sin duda, captaba la tele-emisora de la nave. Había en sus rostros un crispamiento de incertidumbre y anhelo. Todo -y al decir «todo» entendíase su futuro- dependía de la contestación de Diness.

Pero esta contestación no se recibía.

La situación era insostenible para sus nervios y, desde luego, no podía prolongarse indefinidamente. Debían llegar a un resultado -sea el que fuere- capaz de rasgar los misterios absurdos que tejían enigma en torno al inexplicable silencio de sus compañeros.

Nunca les pareció «Claudia» tan débil e indefensa, pese a la abrumadora promiscuidad de instrumentos que resaltaban por doquier. La batisfera resultaba un elemento auxiliar de primera magnitud bajo la superficie líquida; pero nada cabía esperar de ella sin el eficaz concurso de la astronave. Y aquel silencio -espantoso y espantable- les enervaba tremendamente.

-No responden -suspiró el profesor Savery-. Es inútil seguir esperando.

La explicación, que en otras circunstancias habría parecido gratuita y pueril, cobraba entonces un valor desmesurado. La pantalla continuaba mate, sin destellos; señal inequívoca de que el control radioeléctrico fue interrumpido en la «central». No existía forma, pues, de establecer conexión con los que quedaron afuera, en la llanura estéril y congelada de Phoebe.

-Tendremos que arriesgarnos a salir -observó Syd Powder.

-No me seduce la perspectiva -dijo Savery.

-Eso lo comprendo de sobra, profesor. Pero no veo que dispongamos de otra.

-Terrible -se mesó los cabellos suavemente-. ¿Por qué no contestan? ¡Tienen que captar nuestras señales, Dios!

-Las captan -afirmó Syd con su característica convicción.

-¿Entonces...?

-No creo que haga falta ser un lince para adivinar el motivo que los impide conectar la teleonda y responder. Algo se impone a su voluntad, profesor. Algo que, apuesto seguro de ganar, los mantiene «inmovilizados».

-¿Ha dicho inmovilizados?

-¿Por qué no? Lógica pura. ¿Imagina usted al capitán Lander... o al

sanguíneo Blue, pongo por ejemplo... percibiendo la llamada y haciéndose los sordos?

-¡No!

-Yo tampoco. Si no acuden al control es, sencillamente, porque no pueden... o no les dejan. ¡Están prisioneros!

-¡Powder!

-¿Vamos a engañarnos a sabiendas?

-No, pero...

-Usted y yo conocemos los hechos. Ahora, sin paliativos, nos encontramos ante las consecuencias.

Fay les escuchaba sin comprender. Pese a sus deseos por indagar en qué consistían tales «hechos» se abstuvo de intervenir en la conversación.

-Desengáñese... -siguió Syd-. Han caído en poder de alguien... y yo juraría que los tipos que ordenaron a Walter interrogarme sin delicadezas, no son ajenos al asunto. «Ellos» saben que tarde o temprano nos veremos obligados a emerger. No tienen prisa ni se molestan en azuzarnos para forzar nuestra salida. Conocen las propiedades de «Claudia»... y sus limitaciones. Exactamente, esperan que asomemos la nariz para echarnos la red. Entretanto, nuestros amigos se encuentran cautivos de esos sujetos. ¡Es todo tan sencillo! Y no me pregunte el móvil de su ataque por sorpresa -señaló las bolsas repletas de frescas «flores de vida»-. Lo tenemos delante y a obtenerlo es a lo que aspiran.

-¡Dios bendito! -murmuró Fay-. ¡Estamos perdidos!

-Todavía no -denegó Syd-. Pero admito que la situación es comprometida.

-Peor que eso. Desesperada -redondeó Savery.

-Un momento, profesor -Syd se acarició la mejilla con la uña del pulgar-. No hace mucho me vi en un trance que también califiqué de desesperado. Había una solución... y tardé en hallarla. Pero el resultado es que yo continúo vivo y mi atacante con la cara destrozada... Debemos pensar. Nuestros enemigos no se detienen ante nada para conseguir sus fines, en este caso las semillas de rejuvenecimiento. Bien -volvió a rascarse la mejilla-. Utilicemos el cerebro. Hasta ahora han demostrado excesiva afición a usar de la traición y fuerza bruta. Nos han dejado en inferioridad de condiciones respecto a ellos, porque aislándonos han dividido de tal modo el grupo que prácticamente no representamos oposición a sus planes. Ellos esperan, con toda seguridad, que nos cansemos de permanecer bajo el agua y salgamos a entregarnos sin condiciones. Es perfectamente natural... aceptando su línea de razonamientos. Pero nosotros no vamos a salir.

-¿No?

-No, profesor. O mejor dicho: No saldremos... los tres.

La respuesta los dejó asombrados. Indudablemente, ni Fay ni el

astrobotánico captaban la tónica que Syd intentaba hacerles asimilar.

-Tengo un plan -agregó-. Voy a someterlo a su aprobación... y espero, por nuestro propio bien, que les guste a ambos.

-Diga, Syd. ¡Oh, por mi parte no habrán inconvenientes! Confieso que mi cabeza está vacía de ideas.

-Y la mía... -añadió Fay-. ¡Confío en usted con los ojos cerrados!

-Creo que será una excelente esposa, Fay -sonrió el joven, halagado-. ¡Y no se apresure a discutir esta opinión! Oí muy bien sus exclamaciones cuando me batía con la Pbobolea. Si no recuerdo mal, dijo: ¡«Syd... cariño»!

-Pues...

-Lo dijo -aseveró el profesor-. O es que usted y yo, muchacho, escuchamos campanas sin saber dónde.

-Bueno... Tal vez lo dijera -admitió Fay, embellecida por el rubor subyugante-. Fue la exaltación de aquellos momentos decisivos... Me dejé llevar por... por...

-Fay -intervino Syd con ternura-. ¿Será capaz de amarme un poquito? Temo que no es momento muy oportuno para declaraciones de este tipo... Prometí hablarle de un sinfín de cosas cuando regresáramos a la nave... No obstante, las circunstancias mandan y los acontecimientos se han precipitado de tal forma, que prefiero hacerlo antes de que... nos separemos. Acaso sea una despedida definitiva.

-¡Eh! -gruñó Savery-. ¿A qué viene ese tono solemne? Su declaración parece envuelta en presagios de tragedia.

-Así es, profesor.

-¿Y la separación a que alude? ¡No entiendo!

-Se lo explicaré... después de que Fay me haya dado algunas esperanzas. La amo desde hace tiempo... y supongo que la revelación no le habrá causado asombro, ¿verdad, Fay?

-Claro que no -rezongó el viejo, impacientándose-. Lo sabíamos todos los del grupo menos usted. ¡Cuánta indecisión y tardanza!

-En realidad, el pobre Lyman me abrió los ojos antes de que saliésemos al «valle»... -miró a la muchacha con veneración-. ¿Qué responde? ¿Puedo esperar que, al menos, dedique algún tiempo para pensarlo?

-¡Vamos, Fay! -apremió Savery-. ¡Dígale que sí! Este hombre es capaz de no participarnos su plan hasta... ¡hasta después de la boda!

-Bien, yo... -susurró Fay Shellon, bajando los párpados con un aleteo de rizadas pestañas-. De acuerdo, Syd. Lo pensaré.

-¿Contento? ¡Ahora, diga en qué consiste la idea.

-Los de arriba no pueden ignorar la batalla librada contra la Phobolea -dijo al fin, sin apartar la vista del hermoso y encendido rostro de Fay-. Tampoco ignoran que Lyman pereció en la misma. Saben, igualmente, que

dejé ciego al monstruo y huyó; pero, desde que nos despojamos de las escafandras y dejaron de oír nuestras conversaciones... ¡yo podría haber muerto!

-¿Cómo? -preguntaron, al unísono, Fay y Savery.

-Atiendan -Powder dio a su voz un timbre confidencial-. Por lo ocurrido, deducen que ahora sólo ocupamos la batisfera ustedes dos y yo. Esperan, pues, que los tres caigamos en su poder al emerger al exterior... Sin embargo, nosotros vamos a hacerles creer que las víctimas fueron dos, en lugar de una. Será sencillo. Inventen cualquier cosa. Juren y perjuren que volvió la Phobolea cuando menos lo esperábamos, que me arrebató... o que quedé herido de muerto después del combate. Lo importante es filtrar en su ánimo el sedimento, la creencia, de que sólo ustedes regresan con vida de la accidentada recolección.

-¿Qué lograremos con ello?

-Evitar que mi ausencia resulte sospechosa.

-¿Su ausencia? ¡Espere, muchacho! -se engalló el profesor, intuyendo los propósitos de Syd-. ¡Está loco! ¿Cree que usted solo podrá hacer frente a tantos?

-No hay otra solución... excepto la de entregarse y aceptar pasivamente las consecuencias.

-Se... será arriesgado -afirmó Fay estremeciéndose-. Tú... Usted... ¡Oh, no lo intente!

-Tutéame -pidió él, alegre-. Ello me quita un gran peso de encima y da especial confianza... Por favor -continuó-. ¡Seamos prácticos! ¿A qué conduce rendirse sin oposición? Lo que ellos pretenden es arrebatarnos el secreto que beneficia a la Humanidad toda. ¡Comerciar con las «flores de vida», sin ejercer control bienhechor alguno! ¡Amasar una fortuna fabulosa!... Usted, profesor, expuso los fines elevados que guían al Gobierno terrícola explotando racionalmente las cosechas del «valle». ¿Sería igual en manos de unos desaprensivos? ¡Cundiría el desastre!... No hay nadie, excepto nosotros, en condiciones de impedirlo. ¿Nos cruzaremos de brazos?... No quiero asegurar con esto que vaya a conseguir mis propósitos. Sé que estaré solo y abandonado a mis fuerzas; pero la tarea será menor... ¡si «ellos» me creen muerto! ¿Lo comprenden? ¡Hay que intentar sorprenderles y yo puedo ser el artífice de la sorpresa!

-Pero...

-Además, sus huestes no serán muy numerosas. Lógica pura. ¡También les interesa guardar el descubrimiento en secreto y habrán reclutado la gente estrictamente necesaria, el personal imprescindible! Espero que colaboren, amigos, porque los tres unidos constituimos el último bloque, el reducto final, alzado ante las miras de esa pandilla de desalmados... ¿Cuento con ustedes?

-Lo que pretende es jugar con fuego... ¡Se quemará!

-El profesor tiene razón. Yo creo que no debías...

-¿De veras lo crees, Fay?

Syd mantuvo firme y dominadora la mirada, sin vestigios de temor, al tiempo que formulaba la pregunta.

La joven le contempló de un modo inusitado, insospechado por la dulzura que traslucían sus hermosas pupilas. Latía en ellas el ruego, la súplica gimiente que presentaba con rotundidad a la mujer enamorada. Mas también se debatía entre la conciencia del deber. Syd, en su anonimato, les proponía luchar por una causa noble, dignísima. No supo negarse.

-Que Dios te bendiga -dijo.

-Gracias, Fay. Lo esperaba de ti -volvió los ojos a Savery, cuya faz revelaba las enconadas dudas que corroían su ánimo-. Espero su respuesta, señor. Necesito otro voto de confianza.

-Voto de confianza... ¡Diablos condenados! -masculló-. Es la solución más disparatada que un hombre en su sano juicio se atrevería a proponer. ¡Bien! -concluyó tras una breve pausa-. Admitamos que Fay y yo regresamos a la superficie... solos. Admitamos, también, que «ellos» se tragan la historia de su desaparición y dejan de pensar en usted... ¡Bien! -repitió con rabia-. ¿Qué habremos obtenido con ello? ¡Embrollar más las cosas, digo yo!

-No, profesor. Habremos obtenido... libertad de acción para mí. Y con libertad de acción, voy a resultar una pulga bastante molesta.

-¡Le aplastarán!

-Las pulgas son agilísimas. Y pican.

-¿Dónde está su aguijón?

-Ahí delante -contestó Syd, señalando el armero de protofusiles-. Uno cualquiera servirá. Sé manejarlos... y no faltan cargas en el repuesto. También dispongo de provisiones para atender a mi manutención. ¡Les aseguro que es el único recurso! Si tuviéramos a nuestro alcance un sistema para ponernos en contacto con Saturno o alguna de las bases galácticas establecidas por la Tierra en el sector, no dudaría en emplearlo. Pero esos sujetos han asestado el golpe maestro aprovechando todos los factores adversos para nosotros y, como es obvio, favorables a ellos... En la astronave no faltan medios; dentro de «Claudia» carecemos de tales prerrogativas. Dependemos enteramente de los del exterior y por ello se preocuparon de atacar, anulando el sistema nervioso de la expedición, cuando más alegremente vivíamos. No pasan cuidado por la batisfera y sus ocupantes. ¡Saben que caeremos en sus manos por propia voluntad, al razonar la futilidad de una resistencia estéril! La sorpresa es segura. Mas hay una pulga rebelde con ánimo de causarles escozor. ¡Y no lo sospechan!

-Le admiro -dijo sencillamente el profesor Savery-. Lo digo de corazón.

-Yo, Syd... -manifestó Fay con los ojos empañados por la acuosidad de las lágrimas-. Yo... empiezo a quererte.

-¡Entonces, no puede haber derrota! -casi gritó Powder-. ¡Unámonos y directos a la victoria!.

-Tiene usted alma de luchador -señaló el anciano-. Guárdese mi voto de confianza... ¡y haga con él lo que le plazca!

-Gracias. Ojalá sirva para devolver a las cosas su primitivo estado. Y a ti, Fay... gracias otra vez. Quizá no tenga derecho a sentir alegría en las actuales condiciones. Hemos perdido a un buen camarada, nos hallamos a merced de una pandilla de aprovechados para quienes el crimen es plato del día y, ni siquiera, contamos con garantías seguras de que mi plan surtirá efecto... A despecho de todo ello, me siento alegre. Acaso te lo deba a ti, por ese regalo de cariño, que me has otorgado sin pedir nada a cambio,..

Puestos en el terreno de las realidades, enfrentados a la verdad monda, los tres amigos iniciaron los preparativos de emersión inmediata. Syd Powder, fiel a lo convenido, abandonaría «Claudia» unos cien metros antes de alcanzar el nivel superficial y quedaría en las profundidades, limitado a sus personales recursos, hasta el momento de hacer acto de presencia en el campamento.

La distancia que le separaba del exterior sería coronada valiéndose de las facultades natatorias y la cualidad climático-aislante del equipo. Fay y el profesor se dejarían atrapar por quienes ahora dominaban el terreno o, en su defecto, averiguarían lo sucedido, poniéndose en comunicación con Syd mediante conexión radio-óndica. El resto -la tarea pulguística y acosijante- quedaba enteramente a criterio del joven a quien, desde entonces, supondrían muerto por la Phobolea.

Ultimados los detalles complementarios y lograda la unidad operativa a base de comprometerse a mantener la farsa contra toda suerte de asechanzas, el profesor púsose ante los mandos direccionales. El tren retráctil quedó acoplado a los adminículos automáticos y la máquina, con suave latido, dio principio a la ascensión por las densas profundidades marinas.

La subtravesía, a causa de las emociones que los embargaban, tuvo algo de pesarosa y triste. No hablaban. La inminencia de los próximos e incognoscibles acontecimientos forzábales a batallar en cavilaciones dolorosas. Pero lo que no decían las palabras era elocuentemente expresado por los ojos.

Syd y Fay, juntos, se miraban. ¡Cuán intenso su cariño no declarado hasta entonces! ¿Cómo pudieron amordazarlo antes si parecía estallar con erupciones incontenibles?

He aquí un rayo de luz en las negruras. Un destello de felicidad brotando de la espesa sombra diablesca y encarnizada. El amor, aun entre

odios, es sublime.

La despedida, que aconteció al cabo, puso una pincelada agreste -con su aspereza propia- en los corazones. La batisfera se detuvo y la inmovilidad mecánica también halló paralelismo con el estancado ritmo pasional de sus ocupantes. Syd, equipado y aguerrido, suavizó el trance con sonrisas... más falsas que sinceras. Sonrisas de ánimo a su maestro y adorada prodigadas por él... ¡que tanto necesitaba del aliento ajeno! ¡Cómo le echarían de menos cuando se sumergiese en las procelosidades líquidas para encauzar su destino hacia la meta incierta!

La compuerta quedó abierta. El tubo de expulsión listo.

Fay y Savery contemplaron un momento al hombre que no vacilaba en exponer su vida para realizar un plan de urgencia de última instancia. Hubo un lapso dubitativo, indefinible, que los mantuvo a los tres inmóviles y casi abúlicos. El viejo tendió su mano y Syd la estrechó con vigor, enérgicamente. Luego, al posar la mirada en Fay -transida de visible pena, no obstante sus esfuerzos por imponerse al adiós- la resistencia de la joven se quebró como bajo los efectos de una contracción salvaje.

-¡Querido...! -suspiró.

Se encontraban abrazados, estrechados fuertemente el uno contra el otro. Y Syd, tímido, la besó en los labios.

El primer beso. Ella se lo otorgaba sin resistencia ni extrañeza. Tuvo mucho de vitalizante y restaurador.

Las grietas que la incertidumbre hacia lo ignorado abriéronse en su voluntad fueron soldando, desapareciendo, y volvió a sentirse fuerte, dominado por los deseos de defender su causa -la causa del Mundo al que pertenecían- oponiéndose a la rapiña morbosa de cuantos aspiraban a lucrarse con las «flores de vida».

Volvió a besarla y ella correspondió a su caricia sin dilación. Luego, aunque Savery -fingiendo interesarse por los instrumentos de a bordo- renunciaba tácitamente a interrumpirlos, Powder la separó de sí con dulzura y musitó:

-Adiós. Es necesario despedirnos.

-Suerte...

-La tengo. Tú eres mi amuleto prodigioso.

-Pediré a Dios que no te abandone, Syd. ¡Lo pediré con todo mi fervor!

-Hazlo. Creo que... también te servirá de alivio y consuelo.

Cerróse el resorte de la escafandra con leve chasquido. Colgó el protofusil al hombro y ciñó un punto más el cinto de sujeción donde pendían las raciones perentorias y un equipo de vacío, plegado, para usarlo en superficie.

Agitó una mano, jovial y confiado en el feliz logro de su deber. Después, saltando, entró en la cámara desde la que pasaría, tras la rápida

descompresión, al tubo de expulsión que le arrojaría al submar de Phoebe, pórtico abierto a la aventura indeterminada.

Sólo entonces dio Fay libre escape a su congoja y un sordo sollozo la conmovió, a sacudidas. Savery, abatida la cabeza, musitó:

-Sí... Creo que usted le ama, Fay. Desahóguese.

-Mucho, señor... Desde tiempo atrás... Esperaba que tomase la iniciativa... ¿Para qué ha servido? ¡Acabamos de separarnos!

-Descuide. Ambos merecen la dicha. La tendrán, aunque llegue con cierto retraso... Sólo lamento una cosa: ¡No ser lo bastante joven para acompañarle en la aventura! -respiró hondo y agregó-: Pero no importa. Sé que en espíritu estoy a su lado, ayudándole por otro conducto. Y usted también, Fay. ¡No sería justo que perdiésemos la única batalla que tantísimo deseamos ganar!...

CAPÍTULO VII
Cautivos

Un círculo ondulante formóse en la superficie del mar al emerger «Claudia», y las ondas, veloces, fueron a estrellarse en los bordes helados del gran boquete abierto por la tetra perforadora astral.

La cúpula dicótoma de la batisfera asomó al exterior, igual que una puntiaguda cabeza de anfibio fantástico que avizorase en derredor, antes de decidirse a abandonar el elemento líquido por la corteza sólida.

Nada ocurrió en los contornos.

Los acantilados, las crestas de hielo y el paisaje extrapolar de Phoebe continuaron inmóviles, muertos en su extraña nave sideral. Al fondo, erguida, destacaba la proa argentada de la astronave. Cerca, cabe los lindes de la llanura, el refugio prefabricado que ensamblara Powder. Ni un alma se movía en torno a él. Y reinaba un silencio hierático, letal.

Un silencio que, no obstante, presagiaba todos los fragores de una apocalíptica tormenta en ciernes, incubada en las almas.

-No hay la menor señal de vida -advirtió el profesar Savery, que recorría el panorama ayudado por el teleriscopio-. Se diría que el campamento ha sido desalojado.

-Ojalá -contestó Fay-. La ausencia de todos, aunque inexplicable, justificaría el resultado negativo de nuestras llamadas. Syd podría reunirse con nosotros sin peligro... y ya trataríamos de averiguar el misterio.

-Todo se andará. Paciencia.

-¿No es posible que nuestros amigos hayan sido víctimas de algún virus desconocido capaz de...?

-¿De eliminarlos en masa?

-¿Lo considera absurdo? Otras veces a...

-No -se anticipó Savery-. No es absurdo; pero tampoco es muy probable. Alguien habría intentado comunicarnos la novedad. Siempre hay ocasión por mínima que sea. Ignoro que exista un tipo de virus... fulminante.

-¿Y si fue tan rápido que impidió consumar la medida? Usted sabe que estos satélites todavía no están suficientemente explorados.

-Lo sé.

-Ignoramos mucho sobre ellos. He oído hablar de virus, gérmenes y bacterias paralizantes. Eso sin tener en cuenta los estreptos cósmicos y el polvo estelar venenoso. Al penetrar en el organismo por vía oral, por simple aspiración, se produce un agarrotamiento tan...

-No desvaríe, Fay. Me hago cargo de que usted desea asirse a cualquier argumento con tal de reunirse con Powder cuanto antes... y soslayarle peligros. Me hago cargo. Aun más: Lo disculpo. Pero sus teorías, al menos

en algunos puntos, fallan lamentablemente. Se caen por la base. Lo siento.

Fay calló, Savery, sin dejar la exploración tele-ocular, continuó pacientemente, para desagraviarla.

-No descarto la posibilidad de plano, entiéndame; aunque, en principio, hay razones incuestionables que la niegan. La probabilidad apuntada de inhalar agentes microbianos patógenos es tan remota que apenas cuenta en lo concerniente a terrícolas. Nuestro sistema pulmonar obliga al uso de yelmos y aparatos respiratorios adecuados. Así pues, a menos que los gérmenes nocivos existiesen previamente en las cápsulas de oxigenación condensada... ¿cómo íbamos a tragarlos al aspirar? Imposible.

-Sí -admitió Fay, cabizbaja-. Tiene razón.

-Además, y con ello no pretendo sentar cátedra de erudito, con la temperatura superficial que se disfruta en Phoebe, ningún microorganismo resistiría con vida más de cinco segundos. El satélite, y los restantes astros del sector saturnal, están yermos por fuera. Nada fructificaría ni nada puede plantarse. El hielo, el clima y la falta casi absoluta de sol marchitarían todo vegetal. Y respecto a animales mayores... ya vio usted que se concentran en las profundidades de sus mares internos, a cubierto de los agentes externos, protegidos por la capa natural de grueso espesor. Fuera de su elemento, ni las especies acuáticas ni la flora sorprendente perdurarían. El calor, aunque en ínfima gradación, es necesario para la vida. Más allá de Júpiter, aunque llega la «luz» solar, apenas si reciben tibieza. En lo tocante a Phoebe, ni eso. Por lo tanto -añadió, cerrando el teleriscopio- la hipótesis de Syd es la más acertada y lógica. Nuestros amigos han sido víctimas de un ataque por sorpresa que los anuló de cercén. Saldremos de «Claudia» y nos ofreceremos como ofrenda propiciatoria a esos fantasmales enemigos. Tenga usted valor... y recuerde que Syd vela por nosotros.

-Como disponga, profesor.

-Vamos allá. Aproximaré la batisfera al borde. Esté dispuesta para saltar cuando dé la orden. Sin la ayuda de Blue y sus «robots» no podemos ser izados a superficie.

-Entendido.

-Traiga los yelmos. Volvemos al aire... sin aire respirable. Otra vez con la cabeza cubierta. Pero lo prefiero. «Claudia» me empieza a parecer un substitutivo bastante aventajado de celda carcelaria; mas celda al fin.

Los preparativos exigieron un mínimo de tiempo a los avezados tripulantes y, cuando Savery anunció que los esféricos costados de «Claudia» entraban en contacto con las paredes de hielo, Fay accionó las compuertas de acceso al exterior.

Todavía antes de salir, el astrobotánico dirigió preventivas ojeadas en derredor; sin que lograra otra cosa que sentir acrecentarse su decepción. ¡Aquello parecía tan solitario que infundía espanto! ¿Sería posible que

Powder y él hubiesen cometido el error de creer en la existencia de una pandilla de malhechores?... ¿«y no hubiese tal»?

De ser así, se colmarían todos los absurdos, porque... si no obedecía el insólito mutismo a un ataque... ¡sólo Dios podía saber qué clase de siniestros avatares les reservaba el cadavérico Phoebe!

La batisfera, impulsada por el inquieto oleaje que su propia emersión produjo, se mecía blandamente al lado del suelo cristalino y duro. El cabeceo los alejó cuatro o cinco metros de la margen más próxima.

Savery tomó de la mano a Fay y ambos se prepararon para cubrir la distancia de un salto.

La proeza -puesto que habría sido una notable demostración atlética en la Tierra- no encerraba dificultades debido a la escasa gravedad de la luna retrógrada de Saturno[8]. Su debilísimo poder de atracción obligaba a calzar botas plomográvicas especiales; aunque, así y todo, la ligereza de movimientos dotaba a los terrícolas de una liviandad sorprendente.

Brincaron con buen impulso, y llegaron al suelo helado sin dificultad, sobrándoles amplio margen superficial. Una vez allí, abandonando las precauciones, anduvieron en línea recta hacia el alojamiento.

-¡Qué callado está todo, profesor! -dijo Fay empleando el sistema de retransmisión micro-óndica acoplado al traje de vacío-. ¡El refugio parece deshabitado! Los ««captadores» no recogen ni un suspiro.

-Lo parece, sí -Savery se humedeció los labios con la punta de la lengua y su cara, tras el vitreo-plástico protector, poseía tintes minerales-. Pero es una apariencia nada más. Y equivocada.

-¿Por qué lo cree?

-Mire a su izquierda sin disimulos, tras los cantiles que medio ocultan nuestra astronave. ¿Lo advierte? ¡Hay otro «cono» muy cerca del nuestro!

-¡Sí! -exclamó ella, descubriéndolo entonces-. ¡Sobresale ligeramente! Eso significa... ¡que otra nave «satelizó» al lado del supercohete del grupo!

-Justo. Y en esa otra nave, precisamente, vinieron los elementos perturbadores que han dominado a Lander, Cabot, Diness y Blue.

-¿No hay duda?

-No hay duda -su acento revelaba contenida tensión-. Una desagradable «visita» llegó a Phoebe al poco de sumergirnos en el submar para efectuar la primera recolección. Posiblemente los atacaron aprovechando algún descuido... y lo hicieron con fundamental conocimiento de causa, puesto que asestaron el golpe en lo más sensible de la organización.

-Me aterra pensarlo.

-Diness, estoy seguro, fue reducido antes que nadie. ¿Cómo? -se encogió de hombros, absorto-. «Ellos» sabían que el grupo lo componían ocho miembros. El hombre que intentó sonsacar a Syd información por la vía violenta en su departamento del Edificio Central, mostró destacado

interés en conocer la tripulación exacta de la astronave, y sus cometidos. Syd, naturalmente deseoso de ganar tiempo para alcanzar los controles de respiración que le dieron la victoria, no tuvo inconveniente en responder a su pregunta y le facilitó los nombres de todos nosotros, así como el cargo específico asignado en la expedición. ¿Comprende? Una vez conocidos los extremos, plantearon el ataque y lo dirigieron a los puntos más vulnerables. Diness constituía, entonces, el único «lazo» de unión entre la superficie y «Claudia». Por ello temo que a él lo redujeron con prioridad a los demás. Quedamos, aunque entonces no lo sabíamos, incomunicados; por eso cuando grité pidiendo ayuda al ser agredidos por la Phobolea, nadie contestó a las llamadas...

-Pero... -Fay parecía confusa-. ¿Cómo se explica que «ellos» conocieran estas particularidades? ¡El atacante de Syd murió! Y al morir... ¡no pudo traspasarles sus conocimientos!

-Pudo de sobra, porque sus jefes televisionaron toda la entrevista.

-¿Cómo ha dich...?

-No se sorprenda. Ya supongo que le resulta un poco difícil creerlo. Syd me confesó que la Policía Cósmica descubrió un ingenioso aparatito sujeto a la muñeca de Walter...

-¡Oh! No lo sabía.

-Nadie, excepto Syd y yo, conocía la existencia de tal ingenio. Procuramos guardar el secreto en beneficio de la tranquilidad colectiva. Ahora, dadas las circunstancias, ya no tiene importancia que se divulguen los hechos. Ni éste... ni los otros.

-¿Hay otros?

-Sospecho que sí... aunque no le otorgamos la debida importancia.

-Hable, por favor. ¡Cuéntemelo todo! ¿A qué se refiere?

-Lander localizó una espacionave misteriosa cuando imprimíamos el amplio rodeo por el sector saturnal, antes de enfilar al «valle» de Phoebe. Nos siguió un pequeño trecho sideral, acoplando la velocidad y rumbo al nuestro. Era, de por sí, bastante alarmante la maniobra; pero, quizá por los inmensos deseos que nos dominaban de creer en nuestra inmunidad, desechamos la patente amenaza -señaló a los cantiles con la punta de la barbilla, conciso-. Detrás de esos bloques ocúltase la nave misteriosa -completó.

Fay había palidecido ligeramente.

Ambas noticias, soltadas sin preámbulos, le golpearon con terrible dureza y el impacto abierto por las mismas logró desmenuzar sus íntimas ilusiones. Comprendía ahora lo arduo de la misión de Syd Powder y, también, el grandísimo cariño que sentía por él. Si hasta entonces juzgara peligrosísima la misión, ahora, sabidos los sucesos medulares que ocultaron en bien común, no encontraba palabras para calificarla.

Desde luego, era un suicidio a ojos vistas. ¿Cómo un solo hombre, minúsculo ante fuerzas gigantes, podría sacarles del grave atolladero en que andaban metidos?

-Profesor... ¡no debimos permitir a Syd que se lanzase a la aventura!

-La idea fue suya. Se ofreció voluntario para llevarla a cabo. Además, creo que tratamos de disuadirle, ¿no? Yo me opuse radicalmente, pero él... -suspiró, vencido-. Bueno; lo habría hecho con o sin nuestro permiso. Pensar lo contrario es engañarse a sabiendas. ¿No conoce aún a Syd Powder? En el terreno sentimental quizá parezca tímido... ¡yo le he tratado en todos los demás terrenos! ¿Le vio arredrarse alguna vez?

-¡Le matarán! -exclamó ella, impulsiva-. ¡Oh, profesor, nuestra causa está perdida!

-A esto sólo podría responder Dios... Le recomiendo que no se deje afligir, muchacha. Usted es la primera obligada a tener fe en Syd.

-¡La tengo! Fe ciega. La he depositado desde que nos despedimos. ¡Pero ignoraba cuanto usted acaba de decir! Esto es lo mismo que lanzarse a toda velocidad... ¡de cabeza contra un muro! ¿Hay posibilidades de atravesarlo?

-Depende de la dureza craneana de quien se lance. ¡Ah! -trató de mostrarse jovial-. ¡Syd es tenaz como una mula montañesa! Y conste que hablo en estos términos por elogiar su carácter y decidida voluntad.

-No podrá... ¡No podrá, profesor!

-Mire, Fay -atajó él-. Hemos entrado en el campamento. Le ruego que no se torture. ¿Ganamos algo con ello? ¡Ya está en marcha el plan! Trate de hablar lo menos posible... así daremos sensación de hallarnos muy afectados por la pérdida de Lyman y Powder. ¡No olvide que de nuestra habilidad en interpretar el papel depende que «ellos» crean la patraña! Ya sé que no va a ser fácil... Que juegan muchos factores de índole moral... ¡Domínese! Ahuyente malos presagios. Recuerde tan sólo esto: Syd Powder vendrá a salvarnos. Y lo hará cuando menos lo esperemos. ¡Actuando por sorpresa! Este es su as escondido en la manga... ¿Puedo confiar en usted?

-Sí -murmuró Fay-. Procuraré no defraudarle.

-No me defraudará. Usted es admirable cuando se lo propone. Ayúdeme a ganar tiempo. El resto es cosa de Syd.

El refugio se alzaba ante ellos.

Era una especie de barracón de paredes acoplables, provisto interiormente de todos los aditamentos adecuados para una permanencia astral de cierta duración. El examen circundante a que Savery sometió el lugar no aportó luz ni conocimientos nuevos. El área toda del sector causaba el efecto de hallarse desalojada y aquella sensación, tal vez por lo perfecta, impelía a sospechar.

Naturalmente -en el caso de los dos terrícolas- la sospecha estaba aún más justificada conociendo la siniestra proximidad de la astronave misteriosa.

Savery se detuvo ante la puerta de acceso.

Antes de pulsar el resorte externo de apertura, miró a Fay. La joven, reprimiendo con la mejor voluntad sus emociones, procuraba dar a su rostro una expresión contrita, sin avidez. No obstante, el vaivén acompasado del busto le delataba, ofreciendo a los ojos de un observador meticuloso suficientes indicios para obligarle a pensar en su agitado interior.

-Cálmese -rogó Savery en un bisbiseo-. Vamos a entrar. Quizá nos estén observando por las micro-ranuras... No olvide su fe en Syd.

-Adelante, profesor. Dispuesta.

-Suerte para todos -deseó el anciano.

El resorte no produjo sonido bajo la presión digital; pero una abertura capaz para dar acceso a un ser humano quedó al descubierto tras deslizarse silenciosamente los paneles electrónicos que accionaba una célula automecánica.

La estancia se hallaba a oscuras.

Pasaron el umbral y, ya dentro, el profesor Savery pulsó otro resorte, que cerró herméticamente la puerta.

Aquellas tinieblas poseían algo de lúgubre, vagamente atormentador. La idea de que acababan de meterse en un cepo por expresa voluntad no se apartaba de su mente. Syd era la única esperanza. ¡La única!

Ahora, entre las negruras, sentían casi físicamente la perentoria necesidad de su auxilio. Les traspasaba los nervios y el corazón. A tientas, palpando la familiar pared, Savery encontró el control general de alumbrado.

Al accionar la palanca, rápido, una explosión de luz inundó la estancia, iluminándola por entero... ¡y mostrándoles a los cuatro hombres que aguardaban! ¡Cuatro desconocidos!

-¡Oh! -gimió Fay, sobrecogida.

Un movimiento instintivo, irrefrenable, la empujó a retroceder, buscando la salida. También el viejo, consciente de que huir representaba la más lógica reacción en su estado de sobresalto, brincó hacia atrás. ¡Convenía interpretar el papel asignado con todo verismo para hacerlo convincente!

Dos de los cuatro hombres, en completo silencio, levantaron los fusiles de carga atómica y apoyaron las bocas de fuego en su espalda. Fay se estremeció. Fue una sacudida horrible, frenética. También Savery sufrió un extraño sobresalto al sentirse encañonado con tan expresiva rudeza. Permanecieron inmóviles, envarados, abarcando con ojos ansiosos el

cuadro que encerraba el refugio.

Los dos hombres armados, por señas, les indicaron que se despojasen del yelmo protector. El ademán, pese a su mudez, era tan imperioso que conmovía. Debían tener mucha práctica en tales expresiones mímicas, porque se hacían comprender sin dificultad.

Mientras Savery ayudaba a la joven a aflojar las sujeciones de seguridad, observó a la otra pareja, que seguían cómodamente sentados, contemplando la captura con indiferencia ofensiva.

Uno de ellos, el más grueso, dejaba flotar una sonrisa irónica en los labios carnosos. Sin saber por qué -ya que persistía el enloquecedor silencio- Savery le adjudicó la jefatura del cuarteto.

Vestía enteramente de azul, buen tejido, y acorde con la moda vigente en los centros elegantes del Universo. Lucía un diamante del tamaño de una nuez en el anular de su mano izquierda. Un diamante fantástico, igualmente azul. Piedras como aquella pregonaban en el espacio la riqueza inmensa de las minas del satélite Rhea. Savery había visto algunos; pero ninguno de su belleza y poder centelleante a la luz. Debía valer una fortuna. La gema, el atuendo y la apariencia física del desconocido casi equivalían a un salvoconducto de su adinerada posición. La idea de que contemplaba al jefe de la pandilla se afianzó definitivamente en el cerebro del astrobotánico.

El otro, vestido con menos elegancia y carente de ostentación, era flaco, flaquísimo en realidad. Un puro esqueleto viviente. Los saltones ojos parecían a punto de escapársele de las órbitas. Los pómulos apuntaban fuera de su cara seca con la prominencia de montañas. Y la boca, de labios finísimos, reflejaba crueldad, sadismo, carencia total de sentimientos. Repelía su apariencia. Más aún, repugnaba.

-Bienvenido a su propia morada, profesor -dijo este último-. Nosotros la hemos ocupado por ahora. Excuso decirles que usted y la encantadora señorita Shellon son nuestros distinguidos prisioneros.

También la voz resultaba desagradable. Si las hienas pudiesen hablar, seguramente lo harían como él.

Fay y Savery, que sostenían los yelmos en la mano, fueron empujados por la presión de las armas hasta el centro de la estancia. Una vez allí, frente a frente con sus captores, los dos sujetos que empuñaban fusiles, les arrebataron los yelmos sin más explicación. ¡En silencio brutal!

-No les extrañe -agregó el esqueleto viviente, un tanto regocijado-. No pueden pronunciar otra cosa que gruñidos. Siempre tomamos las debidas precauciones requeridas en cada caso -hizo un gesto rápido con los dedos de la mano derecha-. ¡Mírenlos!

La orden llegó cargada de autoridad, y los dos cautivos, automáticamente, dirigieron la vista a su espalda. Aquellos hombres corpulentos y obedientes hasta lo inverosímil -verdaderos gigantes por su

espléndida configuración física- permanecían ante ellos con las bocas abiertas. Había un brillo extraño en los ojos. Un brillo de alucinados, propio de quien sufre intensa enajenación mental.

Savery sintió que sus cabellos se erizaban y Fay, turbada, apartó en seguida la vista.

-No... no tienen lengua -jadeó pasmada de asombro.

-Cierto -siguió el delgadísimo sujeto-. Nosotros se la hemos cortado como medida de seguridad. No podrían revelar ningún secreto... ni siquiera explicar lo ocurrido en este refugio en el supuesto de que se les interrogase dentro de algunas horas. Igualmente se les extirparon los nervios auditivos... También su voluntad nos pertenece. Una droga extraordinariamente curiosa los anula... y borra de su mente cuanto presencian al poco de transcurrido. No saben escribir. No recuerdan ni su propio nombre. Ignoran dónde nacieron, donde viven y dónde morirán -sonrió, despiadado-. Lo ignoran todo... Casi podríamos considerarlos cadáveres. Cadáveres utilísimos a nuestros fines... por supuesto. Lo único que conocen es un idioma: El de las manos. Un idioma sin características afines con ningún otro. Nos adoran. Nos veneran. Mueren felices por nosotros... Son soldados. Soldados perfectos. Auxiliares sin igual en el Cosmos. Verdaderamente, inapreciables. Y no exigen nada. Pero... -se interrumpió-. Temo que estoy hablando demasiado. Unos pobres sordomudos y locos no merecen el esfuerzo.

-¡Qué crueldad tan espantosa! -exclamó Fay, horrorizada.

-¿De veras? ¡Oh, señorita! Es usted muy joven... y hermosa para asumir las funciones de severo juez. No nos juzgue, por favor. Queremos ser sus amigos. Aspiramos a entendernos. A llegar a una completa identificación de criterio con usted y con el profesor. Yo me muestro optimista en ese sentido. Llegaremos. Y creo qué coadyuvarán a nuestros deseos sin forzarnos a recurrir a los mil argumentos «atrozmente convincentes» que podríamos esgrimir. Ya les anticipé que siempre tomamos las precauciones que requiere cada caso en particular. El suyo es delicado. El señor Tonsleep, nuestro prócer y mentor...

Dejó de hablar, como arrepentido, y se volvió a mirar al hombre grueso, arrellanado en su asiento con la budesca complacencia de un dios maldito y sibaritesco.

-Perdonen. No les he presentado. ¿Puedo hacerlo, señor?

El voluminoso ser asintió. Hasta el simple movimiento de cabeza pareció fatigarle. Sin duda, no le agradaban las molestias de ningún tipo.

Sus ojos, fríos y opacos, permanecían clavados en la silueta concentuosa y joven de Fay. Penetraban hasta su carne blanca y, una vez allí, la desmenuzaban, hozando con reluctante apetencia. Las miradas, desde el principio, estremecieron a la mujer, dándole la impresión de

hallarse desnuda ante la abrasante agudeza de aquellos dardos malignos.

-El señor Blako Tonsleep -explicó grandilocuentemente-. La cabeza, el corazón y el esqueleto de nuestro grupo. Un ser excepcional... Tranquilícense. La bondad adorna todos sus actos... Particularmente, es un gran admirador suyo, profesor Savery. Le entusiasman los trabajos de obtención, maceración alta concentración de la semilla que ustedes llaman ingenuamente «Flor de la Vida». Nosotros conocemos su hombre exacto: «Fibroae floricultasis». ¿Me equivoco? -Savery no respondió y, ante el desaire, el individuo agregó-: Ha seguido de cerca y desde los inicios, sus trabajos de laboratorio. Muy certeros. En su nombre, le felicito.

-Gracias -dijo el anciano secamente-. Es la primera vez que me felicita un puerco hediondo... por conducto de una sanguijuela asquerosa.

Ninguno de ellos descompuso la burlona expresión a pesar del insulto. Tonsleep, vago, elevó una ceja. Aquella fue toda su demostración física de desagrado.

Los soldados -los autómatas deshumanizados más bien- miraban anhelosamente sus manos anchas y grasas, tal vez esperando una orden que, aunque no comprendían por qué, habían intuido al producirse la elevación de la ceja. Tonsleep, pausado y dignándose otorgarles la gracia de su voz, murmuró apagadamente:

-Podría cortarle la lengua y vaciarle las cuencas de los ojos. Vivir mudo y ciego ha de ser terrible -abrió una pausa asfixiante-. Pero no lo haré. Mi admiración es indulgencia ante sus insolencias ofensivas, profesor. Sólo le pediré una cosa: No abuse del privilegio. Continúa, Robine.

Robine, la esquelética y obsequiosa «sanguijuela», se inclinó en una reverencia servil.

-Si, señor -aspiró hondo-. También nuestro bondadoso señor Tonsleep admira a la señorita Shellon. Como ayudante astrobotánica posee destacada valía... Valía que reafirma en su calidad de mujer. Bello exponente terrícola del sexo femenino. Yo me atrevería a aconsejarle que procure gozar del favor del señor Tonsleep. Es la mayor ventura a que una persona puede aspirar. Ahora -se frotó las sarmentosas manos- les participo la condolencia por la muerte del especialista recolector Lyman. Una desgracia. Escuchamos la lucha violentís...

-Quizá no lo escucharon todo, por lo que observo -interrumpió Savery.

La interrupción cayó como una bomba.

Hízose un silencio áspero. Un silencio mortal.

Robine miró a Blako Tonsleep quien, a su vez, taladraba a la palidísima y descompuesta Fay, acaso intentando extraer verdades de su expresión desconsolada. Los soldados manteníanse rígidos, prietos los músculos, intuyendo algo anómalo. Poco a poco, en una gradación definida, todos los ojos volviéronse a Tonsleep, esperando su anuencia.

-¿Qué quiere decir?

Formuló la pregunta en tono más alto que el habitual, lo cual era síntoma evidente de su interés.

-Creo que está bien claro, ¿no? -gruñó Savery con aire de desafío-. La microemisora de Walter les fue de mucha utilidad para recopilar datos sobre nosotros. Por él, supieron el número y especialidad de cada uno de mis colaboradores. Hicieron un detenido estudio individual antes de lanzarse a la conquista... ¿No encuentra extraño, pues, que hayamos regresado dos... cuando nos fuimos cuatro?

-El señor Lyman pereció en las fauces de la Phobolea... -señaló Robine.

-¡Y alguien más! -casi gritó Savery.

Fay, tronchándose afectadamente, dejó escapar un sollozo. Su manifestación creó un clima de tirantez y expectación.

-¡Syd Powder! -exclamó, incrédulo, el gran Tonsleep.

-¡Imposible, señor! -rechazó Robine-. ¡Ha de hallarse en la batisfera! ¡Es demasiado astuto y habrá preferido esperar a...!

-¡Necio! -espetó Savery-. ¿Cree que Syd «era» de los que se inclinaban por la espera? ¡Debían conocerlo mejor después del merecido que propinó a su esbirro! -comprimió los labios y entornó los ojillos, igual que si acabase de recibir un fortísimo golpe interno-. No... no volverá a derrochar su valor temerario -agregó con un hilo de voz.

La interpretación había salido perfecta, convincente. Fay continuaba sollozando. Sus ojos llenos de lágrimas impedían un estudio detenido por más que Tonsleep aguzase los suyos. Robine se mostraba perplejo. Al parecer, la noticia le afectó poderosamente. Los soldados, siempre alertas, aguardaban sumidos en un mar de confusiones.

-Explique eso -ordenó Tonsleep inclinando el cuerpo adiposo hacia adelante-. Está muy oscuro.

-La Phobolea no huyó -dijo Savery tras unos instantes de hondo silencio-. Se fue... para regresar después. Nos pilló confiados y... -emitió un suspiro retumbante-. ¿A qué entrar en detalles? Powder siguió la misma suerte que el desdichado Lyman. ¡Dios le tenga en su gloria!

El llanto de Fay, a golpes, rubricó la concisa información del profesor, quien -comprendiendo que en la parquedad del relato se contenía su mayor fuerza expresiva- encerróse en un mutismo de ostra.

-No puedo creerlo -manifestó Robine.

-Haga lo que le venga en gana. ¡Ojalá fuese mentira!

-¡Señorita Shellon! -aulló Tonsleep inopinadamente, con timbre tan enérgico que parecía impropio de él.

Fay tembló. Con las puntas de los dedos, afligida, se apartó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Miró al déspota cara a cara, sin sombra de vacilación; pero sus ojos estaban tan enrojecidos que sólo reflejaban

intenso desconsuelo.

-¿Es cierto eso? -añadió Tonsleep-. ¡No mienta!

-¿Cree que tengo aspecto de mentir?

-¡Le exijo una respuesta categórica!

-Sí --dijo la muchacha, altiva-. Es cierto. ¡Es cierto, señor Tonsleep! ¡Syd ha muerto!

-Yo sigo opinando que... -empezó Robine.

-¡No pierdas el tiempo con opiniones y envía a los muchachos para que lo comprueben! ¡Que busquen en la batisfera y por los contornos! Si está vivo... ¡quiero a ese Syd Powder!

-En seguida, señor.

El esquelético Robine levantó la mano derecha y movió los dedos con asombrosa agilidad, trazando una serie de raros signos. La pareja de hombres bárbaramente mutilados en lengua y tímpanos asintieron con prontitud, corriendo a acoplarse los yelmos para supervivir en el exterior del refugio.

Mientras lo hacían, Tonsleep introdujo la diestra entre los pliegues de una especie de túnica azul celeste ovillada a su lado. Al retirarla, empuñaba una pistola de cañón cónico y protuberancias bórnicas superiores.

Debía tratarse de un arma eléctrica... aunque para los terrícolas resultaba completamente desconocida.

-Si han intentado engañarme, les mataré -prometió-. Detesto las jugarretas.

-Su amenaza no me asusta, Tonsleep -contestó Savery-. Lo único que deseaba desde que empezó con sus turbios manejos era conocer el lugar exacto del «valle». Ahora ya sabe que está emplazado en Phoebe... y también que se encuentra en los ignorados submares del satélite. Creo que, de todas formas, nuestro fin es acabar muertos.

-O desterrados. Podría haberles dejado en algún astro remoto en donde seguir viviendo hasta que les llegase la hora, ¿no?

-Sería otra clase de muerte; pero, al fin, tan eficaz a la larga como un disparo. Si pudiese elegir, preferiría la segunda. Más rápida y dulce que esperar en el espacio sufriendo penalidades sin cuento. ¿Eso es lo que usted llama compensación?

-Me parece usted una persona descontentadiza, profesor.

-Realista, es la palabra exacta. Me gusta ver la parte práctica del asunto... o sea lo mismo que a usted.

-Quizá nos entendamos... si verdaderamente piensa así. Hay demasiados teóricos en nuestros días.

-Para comenzar a entendernos, le aconsejo que guarde la pistola.

-Lo siento. He llegado alto, porque no admito consejos de nadie. El arma es necesaria. Levanta una especie de barrera entre sus posibles

intenciones agresivas... la endeblez física de Robine... y mi propia comodidad. No se les oculta lo ácido de la situación, ¿verdad? En casos así, cualquiera puede sentirse héroe. Francamente, no me siento muy predispuesto a enzarzarme a puñetazos con ustedes para impedir su fuga. Es más fácil, y descansado, apretar el gatillo

Los sicarios de Tonsleep habíanse acoplado los yelmos. Sin un gruñido, automatizados igual que máquinas de carne y hueso, tomaron las armas y abandonaron el refugio. Fay y Savery ejecutaron un verdadero esfuerzo nervioso para evitar que sus ojos se encontrasen en una mirada de inteligencia, casi tan perentoria como la vital necesidad de respirar. Sabían que Tonsleep y el enclenque Robine observaban analíticamente hasta sus menores gestos. Continuaron, pues, derrochando la triste naturalidad que era obligada tras la convulsión moral causada por la pérdida consecutiva de Lyman y Powder.

-Le pido que hablemos claro, profesor -indicó el autoritario Buda armado al cerrarse la puerta hermética-. Deseo convencerme de su sentido práctico.

-¿Opta por hablarme directamente en lugar de usar el intermediario?

-Robine va bien para romper la frigidez de una primera entrevista. Sus servicios son inestimables como introductor; pero me gusta llevar las cosas a mi manera... Siéntense. No permaneceremos mucho tiempo aquí y durante éste, considero que huelgan las incomodidades. Voy a hacerle una oferta... Piense bien las palabras antes de responder. No se precipite. Están a mi merced y nada ganarán violentando la situación. Pero antes... ¿No siente usted curiosidad, profesor? ¿Hay alguna pregunta que desee formularme?

Hablaba en tono cortés; mas la pistola, y aun sus ojos porcinos, exudaban fiereza contenida a duras penas. Savery aproximó un asiento para Fay. Después, también él se dejó caer en otro cercano.

Robine, como un perro fiel -su perfecto e idóneo papel- cruzó las piernas y acurrucóse a los pies del omnipotente Tonsleep. Todo en él delataba el máximo exponente del servilismo. El viejo astrobotánico, sin embargo, sabía que del servilismo a la traición por venganza sólo media un corto paso. Todo consiste en aplicar la puya conveniente en su debido momento. Pensaría en ello. En el decurso de su larga vida habíase enfrentado con la sordidez que colorea falsamente todos los estamentos psíquicos del ser humano. Robine parecía digno de estudio. Todavía más: un buen instrumento a esgrimir llegada la ocasión.

-Sí -afirmó, cogiendo la invitación por los pelos-. ¿Y mis camaradas? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Cómo les sorprendió? ¿Dónde se encuentran ahor...?

-Aguarde -una mueca que parodiaba esbozos de sonrisa se pintó en los

labios gruesos de Tonsleep-. Eso son varias; no una. Todo un torrente, profesor... Quiero mostrarle mi buena voluntad, y calmaré su curiosidad y la de nuestra bellísima prisionera. No llore usted más, señorita Shellon. He quedado convencido -repitió la mueca y añadió con mordacidad-. Claro que, el convencimiento será completo cuando regresen mis hombres y me den la noticia de que Syd Powder no aparece por parte alguna.

-¿Aún duda? ¡Es usted un...!

-¡Basta! No discutamos ese punto. Enjugue sus lágrimas y muéstrese consecuente. Sus amigos, profesor -siguió mirando desdeñosamente a Savery-, están sanos y salvos. Por supuesto, en mi poder. Fue divertido sorprenderles. No hubo dificultad. ¿Ha oído hablar alguna vez de la electrocatálisis por polarización antimagnética?

-No.

-Un experimento curioso. Un fenómeno que corta, radicalmente, la energía electrodinámica... siempre que se disponga de un buen «magnocatapólico» para causar la interferencia total. Nosotros poseemos uno inmejorable, fabricado en Marte. Sabido es que las manufacturas marcianas de precisión son algo sorprendente por su eficacia... Resumiendo: conectamos el «magnocatapólico» desde la astronave... ¡y dejamos a sus compañeros tan aislados como náufragos en estas soledades polares! Debió ser una gran impresión para ellos comprobar que todos los instrumentos del refugio quedaban «secos» y agarrotados de pronto. Tampoco fue agradable el cese de luz. Los hombres, a oscuras, son torpes y estúpidos. De su torpeza y estupidez nos dieron cumplida prueba cuando intentaron abandonar este lugar para volver a su espacionave... -se alzó de hombros, flemático, y una palpitación trémula movió las bolsas de grasa que acolchaban su tórax-. Cayeron, uno a uno, en manos de mis servidores. La resistencia fue inútil. Les cazamos en un suspiro. De regreso al refugio, perfectamente dominados, restablecimos la energía... ¡Cómo gritaba usted, profesor, al poco! «¡Phobolea!» «¡Phobolea!». Escuchamos la pelea desde sus comienzos, así como la muerte del señor Lyman. Sus amigos sudaban sangre y se retorcían las manos con frenesí. Nunca he visto personas tan desesperadas... Escuchamos hasta el momento que, herida ya de muerte la bestia, el valeroso Syd Powder les propuso regresar, a «Claudia». Entonces, cortamos la conexión para que ustedes quedasen incomunicados y sintiesen la acuciante necesidad de emerger en seguida... Lamento la precipitación. Por lo visto, nos perdimos una segunda batalla tan emocionante como la primera e igualmente con final trágico.

-Así fue. Powder pagó con su vida.

-¿Cómo les respetó a ustedes la Phobolea?

-Tuvimos el tiempo justo para... cobijarnos en la batisfera. Estuvo rondando en torno hasta que se cansó... y desapareció mar adentro.

-No sé...

-¿Qué es lo que no sabe?

-La versión suena a convencional y, por ende... a falsa. ¿Qué dices tú, Robine?

-Suena a falsa -corroboró con absoluta falta de espontaneidad para expresarse en otras palabras.

-No es justo que correspondan con esa deleznable moneda a mis desvelos. He sido blando hasta, ahora. Sus compañeros se encuentran bien atendidos en la espacionave. Es más de lo que cualquiera habría hecho por ellos. Sin embargo... mi oferta de trasladarlos a un astro habitable, pero fuera de las rutas de cosmonavegación, continúa vigente. Le he pedido que hablásemos claro, profesor. ¿Puedo contar con usted?

-¿Para qué?

-Para todo.

-Acaso sea mucho.

-¿Piensa igual, señorita Shellon? Dígalo con franqueza.

-Con franqueza... si tuviese valor para ello... ¡le escupiría en la cara!

-¿Ya no quiere representar su papel de magdalena? Mejor. ¡Es así, con energía, como esperaba que se revelase!

-No desean colaborar, señor -observó Robine-. Ya le anticipé que las contemplaciones nunca dieron fruto con los terrícolas. Somos orgullosos... y necesitamos que se nos meta en cintura para abatir el orgullo.

-¿Usted también, Robine? -se mofó Savery-. Dudo que tenga orgullo.

-Y yo dudo que ustedes posean inteligencia. ¿Qué esperan obtener rebelándose? Su causa está perdida. ¡Hemos descubierto los semilleros de «Fibroae floricultasis»! ¡El triunfo nos pertenece!

-Un triunfo parcial -argumentó Savery-. Saben que los semilleros «se encuentran» en Phoebe, sí. ¿Y qué? ¿Han visto alguna vez una «flor de vida»? ¿Cómo podrían distinguirlas entre la flora espléndida de las simas? ¡No, Robine! Su patrón sabe bien que todavía depende de nosotros para que el triunfo les pertenezca. Por ello accede a la conversación reposada y trata de convencernos. ¡Por eso también, dándoselas de magnánimo, desliza ofertas!

-Muy sagaz -susurró Tonsleep-. Y tú muy lerdo, Robine. Permanece callado.

-Sí, señor. Perdóneme. Yo no podía suponer...

-Has enfurecido al profesor Savery, la eminencia botánica de la Tierra. Dice bien, amigo -movió el cañón de la pistola, apuntándole-. Repito que si intentan engañarme, les mataré.

-No lo hará. Soy muy valioso. Sólo yo puedo aconsejarle en la elección de semilleros... Conozco los frutos maduros y la forma de recolectarlos... ¡Hasta el proceso de elaboración del elixir rejuvenecedor! No; no se

atreverá a disparar sobre mí... ni sobre ninguno de los míos. ¡Se lo advierto, Tonsleep! ¡Cada uno de nosotros es sagrado! ¿Entendido?

-Continúe.

-No hay nada que agregar. Medítelo.

-¿Va a tolerar sus salidas de...?

-Calla, Robine. Es mi último aviso.

-Déjele hablar -rió Savery, envalentonándose-. ¿Le duele escuchar sus verdades? ¿O son las mías? Mire por donde, cuando todo parecía perdido, resulta que aún somos nosotros quienes conservamos los mejores triunfos. ¡Yo los tengo en mi propia persona! Somos los más fuertes. Nada conseguirá adulándome... ¡porque el secreto jamás saldrá de mis labios! ¡Jamás!

-¡Bravo, profesor! -aplaudió Fay Shellon, contagiada de su rebeldía.

-¡Ésta es la realidad! -gritó el viejo, congestionado el rostro por la excitación, poniéndose en pie de un salto-. ¡De nada le vale habernos seguido en las sombras! Ya ha llegado a Phoebe... ¡Muy bien! ¿Por dónde ha de comenzar su tarea? ¡Lo ignora, Tonsleep! ¿En qué se diferencian las «flores de vida» de las demás que crecen en el submar? ¡Lo ignora también! ¿Cómo extraer las semillas?...

-¡Cállese! Estoy perdiendo la paciencia.

-Pero... ¿se trata de semillas? Quién le asegura a usted que lo que nosotros aprovechamos no son... ¡las hojas! ¡O los tallos! ¡O las raíces! Llamábamos «flores de vida» a esas portentosas maravillas vegetales con la misma impropiedad que designábamos por «valle» lo que era mar. Sólo nos movía el afán de desorientar a los curiosos. ¿Cree que es el único interesado en expoliar estos semilleros privilegiados? ¡Ha habido cientos husmeando alrededor! ¿Y de qué les ha servido? ¡De nada!

-¡No se acerque! -conminó Tonsleep.

-¿Qué teme? Soy viejo. Estoy desarmado. Usted, en cambio, pastoso saco de grasa, es relativamente joven... ¡y empuña una pistola! A pesar de ello... ¡sigo siendo el más fuerte! No disparará. Evitará hacerlo aunque me arroje sobre usted y le clave las uñas en el rostro. ¡Máteme! Ande, atrévase a matarme. Destrúyame, y habrá destruido también la única llave capaz de abrirle la puerta secreta que conduce... ¡a las «flores de vida»!

-Un paso más y le abraso, Savery.

-No un paso... ¡sino todos los que faltan para llegar a su lado! Fay estuvo en lo cierto. Sólo merece que le digan la verdad llana... ¡y le escupan en la cara! ¡Yo voy a escupirle! Llame a sus idiotizados guardaespaldas... ¡no podrán oírle porque usted mismo les extirpó los tímpanos!

El astrobotánico, embargado de un furibundo frenesí, parecía haber enloquecido de súbito. Anduvo en línea recta hacia el apoltronado

Tonsleep, en cuyos ojos se arremolinaba una mezcla de fiebre y temor. Robine, alarmado, dejó su lacayesco rincón y levantó ambos brazos, conciliador. También Fay habíase incorporado, estupefacta. ¿Qué le ocurría al siempre ecuánime Savery? ¡Iba a abalanzarse contra el gordo!

Sus razones, desde luego, no admitían réplica. Tonsleep, ignorando lo esencial de la recolección y posterior preparado de la panacea rejuvenecedora, necesitaba fundamentalmente al profesor. Pero... ¿acaso no era cierto que también ellos necesitaban el concurso de Tonsleep? ¡Se complementaban los unos a los otros! Aquellos desalmados aspiraban a las «flores de vida». Ellos, sin discusión, precisaban de la libertad. No adelantarían nada soliviantándose mutuamente. ¿O es que Savery -el astuto científico- llevaba algún plan metido entre cesa y ceja? ¿Por qué le instaba a disparar?

-¡Detenlo! -ordenó Tonsleep-. ¡No le dejes llegar!

-¡Espere, profesor! -gritó Fay.

Savery, no obstante, era imparable. Cuando Robine se interpuso en su camino, embistió contra él y lo apartó violentamente hacia un lado, proyectándolo a la pared. El esquelético servidor cayó con gran aparato al suelo. Savery, echando llamas por los ojos, alargó las manos de engarfiados dedos para asir con ellos el tembloroso cuello rodeado de pródiga papada. ¡Pretendía estrangular a su enemigo!

Tonsleep se encogió sobre sí mismo y levantó el arma. La calma, la seguridad y las ironías anteriores habían huido de él. ¡Aquel viejo lograba ponerle nervioso, exasperarle en demasía!

Aunque no deseaba hacerlo, obligado por la necesidad de atajar el peligro que se le venía encima, apretó el disparador y una sinuosa descarga eléctrica chisporroteó en los bornes y arrojó por la boca de la pistola un chorro de fuego. El grito aterrado de Fay coincidió con la sacudida de Savery, que, aparte de ser frenado en seco, viose arrojado después con bárbara fuerza a varios metros de distancia.

No hubo herida. Ni sangre. Un leve olorcillo azufrado se esparció por la estancia, irritando someramente las pituitarias. Savery se desplomó como un fardo, boca abajo. No movió ni un músculo de la palidísima faz.

-¡Profesor!

La joven se arrodilló a su lado, presurosa, y trató de prestarle un auxilio que no imaginaba siquiera en qué podría consistir. Temblaba. Sollozaba. Frotaba las frías muñecas del viejo con una ansiedad sin límites, desesperanzada. ¡Pero, el científico no mostraba señales de vida!

Caída en el suelo, abrazada al cuerpo inerme, Fay volvió el rostro desencajado hacia las sombras borrosas de Tonsleep y Robine, gritándoles:

-¡Asesinos!

-Quítala de ahí. ¡Y hazla callar!

-Sí, señor.

-¡Asesinos, asesinos!...

-¡Arráncala como sea! ¡A pedazos si es preciso! ¡Pero impide que siga gritando o va a volverme loco!

-¡Sí, señor!

Fay luchó, arañó, se revolvió con fiereza y, al fin, hombre y mujer rodaron a los pies de Tonsleep en cuya mano basculaba todavía la pistola. Robine, debido a su increíble delgadez, no habría podido medir sus fuerzas ni con un niño. Un empellón bastó para apartarlo de encima. Además, Fay había echado por la borda toda cordura. ¡Estaba tan enajenada como antes el profesor! Brillándole los ojos, revuelto el cabello y palpitante la alabastrina gargarita, corrió Tonsleep animada por el feroz propósito de completar el acto que su amigo y maestro vio truncado por la descarga criminal...

-¡Quieta!

No obedeció. No oía nada, excepto un zumbido ensordecedor poblando su cerebro desquiciado. ¡Savery muerto! ¡Syd tal vez perdido para siempre! Los restantes camaradas del grupo... ¡cautivos y reducidos a una humillante servidumbre! La muerte era mil veces preferible a tal estado de cosas. Habían llegado al caos absoluto y la irreflexión le impelía a hundirse en él. ¡Ya no acertaba a controlar sus emociones!

Sschhhhssss... La pistola vomitó un relámpago siseante y enceguecedor. Sintió la quemadura, penetrantísima, en el hombro derecho. Una mano invisible y ciclópica la arrastró a lo lejos.

Chocó y rebotó en tierra, de cabeza. ¡Esta fue la postrera señal de consciencia física que acompañó su descenso vertiginoso a las negruras frías de la nada! ¡De la Nada!

En tan épico y crítico momento, alcanzando la cima de las emociones que Tonsleep vivía a su pesar, abrióse la puerta del refugio y sus dos autómatas orgánicos hicieron una aparición que poseía festones de espectral.

Robine, frotándose las magulladuras, apresuróse a entablar contacto mímico con los recién llegados. Media docena de gestos bastaron para ponerle al corriente de las novedades.

-Dicen que no han encontrado la menor huella de Powder, señor -tradujo-. Pero traen esas bolsas. ¡Al fin sabremos cómo son las «flores de vida»!

-Sí -jadeó el elefantiásico Tonsleep-. Al parecer, dijeron la verdad. Powder ha muerto allá en las profundidades. Averiguaremos cuánto nos falta por saber y entonces... ¡el Universo entero se postrará a mis plantas!

Un ambicioso proyecto. De dimensiones tan astrales como el Cosmos que los rodeaba. Phoebe sería la cuna, y el embrión, de un movimiento

revolucionario basado en maldades, crímenes y acciones monstruosas. Al menos, en ello debía cifrarse el sueño dorado, y ponzoñoso, que tomaba silueta en el corazón cruel de Blako Tonsleep.

Pero Syd Powder no había muerto.

Buceaba entonces, con todo género de cautelas, hacia la superficie invitadora del boquete. Se proponía luchar, apelando a su mayor ahínco, para obtener la libertad y el triunfo. ¡Luchar como un solitario y glorioso dios mitológico contra las fuerzas del Mal que representaban los invasores del satélite helado! ¿Lograría su digno propósito?

FIN

Algo portentoso.
¡EXCITANTE COMO LA FANTASIA MISMA!
Usted no es capaz de imaginar el cúmulo de sorpresas que todavía aguardan a los terrícolas cautivos.
Pero...

"LA ESPACIONAVE DEL TERROR"

¡Le traerá un torrente desbordado de impresiones!
¡Por favor, no se impaciente!
Tal vez necesitaba un respiro para calmar los nervios y el magistral

JOE BENNETT

se lo ha otorgado. Pero... en el escenario increíble de Phoebe, rodeados de peligros insuperables y con la vida pendiente de un delgadísimo hilo, luchará denodadamente UN HOMBRE. Un valiente, solitario en

"LA ESPACIONAVE DEL TERROR"

¡Cada página un sobresalto! ¡Cada capítulo un desafío para su mente de buen aficionado a la Fantasía Científica!
Otro impacto certero que podréis leer, si adquirís el ejemplar antes de que se agote, en el próximo número de la inimitable

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: **6** pesetas

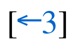
Notas

[←1]

Como el período de rotación de Saturno viene a ser de algo más de 10 horas, el día y la noche alcanzan 5 horas y minutos. Los días se suceden rapidísimamente -en el concepto terrícola, claro- porque, como ya es sabido, cuanto más alejado del Sol se encuentra un planeta, tanto más largo es el recorrido de una vuelta a su alrededor o movimiento de traslación. El año de Saturno, equivale a 29 años y casi medio de los de la Tierra.

[←2]

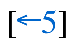
Las «bandas» son zonas paralelas al Ecuador de Saturno, semejantes a las de Júpiter, aunque menos coloristas. La designación sirve, en la época futura que corresponde a esta novela, para señalar sectores territoriales. Algo así como nuestras actuales provincias geográficas.



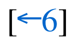
Astronómicamente, la famosa División de Cassini.



Espaciodías: Medida ideal de tiempo empleada para medir la permanencia en el vacío etéreo.



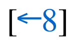
Situado entre Marte y Júpiter. Véase el número 131 de la colección.



Remitimos al lector al núm. 148 de la colección, donde podrá deleitarse con una interesante aventura de este intrépido personaje.

[←7]

Véase el volumen 148 de la colección, donde se habla del «astro prohibido» Vegamidón IV y su fauna asesina.


[←8]

Retrógrada: Que se mueve en dirección opuesta a la corriente en los astros del Sistema Solar.